

CASIMODO



Buenos Aires, 1.ª decena de Junio de 1921

El "Fascismo" en la Argentina, por Julio R. Barcos.
Steinlen: el Artista, por Anatole France.

El Ultimo Tirano, por Juan José Tablada.

Feminismo y Georgismo, por Nemesio Canales.

Liga Internacional Antibolsheviqui, por Oreste
Ristori.

Otros Importantes Trabajos.

¿Es Ud. escritor inédito?

Se
preferirán
los
trabajos
breves

¿Tiene usted algo que decirle a la humanidad?
¿Es usted autor de alguna poesía, epígrama; de algún trabajo literario, sociológico, científico, o de filosofía; de alguna anécdota o chiste, fábula o apólogo; de algún juicio crítico o pieza de teatro, argumento cinematográfico, etc.? ¿Tiene usted escrita alguna carta amorosa imposible de llegar a su destino?

Remítanos su trabajo, franqueado como original de imprenta, y se lo publicaremos gratuitamente en el próximo primer volumen de

“LOS NUEVOS INGENIOS” Casilla Correo 192
BUENOS AIRES

El retraso de este número

Aunque legalmente no se ha declarado el estado de sitio, de hecho, las garantías constitucionales han sido totalmente suspendidas en esta hora negra de coacción policial, que en acto de solidaridad con las ligas patronales del terror azul y blanco, se está haciendo sentir contra la organización de los trabajadores y contra la prensa libertaria en la forma que es del dominio público.

“CUASIMODO”, que por su prédica, pertenece también a la secta maldita, según el index patriótico-policial de reciente cuño, ha tenido que sufrir las consecuencias, indirectamente, de este estado anormal de cosas. A eso debe el pequeño retraso en su aparición.

Los Editores

CUASIMODO

REVISTA DECENAL

Editores: JULIO R. BARCOS Y NEMESIO CANALES

Dirección y Administración: CANGALLO 3047

Precio de suscripción: \$ 3, semestre — Ejemplar: 20 centavos. — Atrasado: 40 centavos

Exterior: \$ 4.50, semestre — Ejemplar: 30 centavos moneda argentina.

EL “FASCISMO” EN LA ARGENTINA

BAJO EL IMPERIO DEL TRABUCO

¡TRABAJADORES, ALERTA!

Un nuevo crimen, más sañudo y alevoso que el perpetrado el 1.º de Mayo en Gualeguaychú contra los trabajadores, se ha perpetrado en la Capital Federal en plena celebración del 25 de Mayo, en nombre del mismo principio: la patria; al anparo del mismo estandarte: la bandera azul y blanca; por obra y gracia de la misma mano homicida: la Liga Patriótica Argentina.

Queremos analizar estos sucesos con la cabeza fría y el pulso tranquilo del cirujano, en vez de hacerlo con la noble crispación de la cólera que todo crimen cobarde y alevoso produce siempre en todo ser humano que no traiga las taras degenerativas de un criminaloide larvado.

Pongamos un velo piadoso sobre los que cayeron en forma tan inesperada; no pensemos en el cuadro de desolación y de lágrimas que ofrecen a los ojos del espíritu la madre, la esposa y los hijos de cada una de las víctimas; pongámosle una mordaza al sentimiento y adoptemos filosóficamente la actitud impávida del cirujano que, bisturí en mano, tiene sobre su mesa un cadáver para hacerle la autopsia. ¿Por qué, qué otra cosa que un cadáver en descomposición es la actual sociedad capitalista?

Los que estamos contemplando desde el mirador de la Historia el desarrollo de esta gran tragedia universal de nuestro siglo, no aquí, allí o más allá, en esta o aquella otra aldea intelectual del «Continente Estúpido», sino en los grandes centros del mundo que creíamos emporios de la civilización, no podemos sorprendernos, ni mucho menos alarmarnos de atentados como estos.

Al contrario, y aún cuando nos duela ver que es la sangre obrera, la barata carne proletaria, la que fertiliza siempre el surco de la idea revolucionaria, miramos no sin cierto optimismo en cada uno de estos crímenes terribles cometidos por el miedo de la clase privilegiada que los ejecuta, o que se solidariza con sus autores, que es lo mismo, el maduramiento de la cancerosa podredumbre que corroe todo el organismo institucional del orden burgués.

En efecto: ¿qué significa que la burguesía argentina pierda los estribos y se salga del control legalitario a que ajusta su conducta dictatorial de clase dirigente, para apelar al terrorismo de bandas de malhechores organizadas militarmente al margen de las fuerzas del Estado destinadas a mantener el orden constitucional?

¿No le bastan ya ni la ley escrita por ellos y para ellos, ni los jueces, ni el ejército, ni la policía, ni las leyes sociales que les permite abolir todas las garantías individuales de la Constitución para combatir impunemente a los trabajadores organizados?

Pues, eso quiere decir, señora burguesía, que está usted desahuciada por la medicina legal.

Cada crimen suyo, — porque el de Gualeguaychú y este de Buenos Aires son crímenes gestados, alentados y aplaudidos por toda nuestra plutocracia, (véase sino como la gran prensa llama «reparación» al último asalto), — es un hachazo de luz descargado en el alma envilecida del pueblo argentino, que viene a alumbrar con trágicos resplandores la belleza y la justicia de la invencible causa de la Revolución.

Podéis asesinar obreros invocando los principios ideales que queráis: patria, honor, tradiciones. ¿A quién pretendéis engañar? Nadie ignora ya, ni los niños de escuela, que vuestro patriotismo es bribonería pura de mercaderes. Representáis la usura, la acaparación de los sudores y la sangre de los proletarios. ¿Cómo habéis enriquecido, si no exprimiendo año tras año la dolorosa «carne que suda oro»? Bien podéis hablar de la patria como el rufián puede hablar de la querida que explota. Los trabajadores libertarios están dispuestos a demostrar aquí como en Rusia o en cualquier otra parte del globo, que la patria puede existir sin los ricos, pero no sin los trabajadores. ¿Qué diríais si los zánganos de la colmena se organizaran en ligas para matar las abejas que liban la miel de la cual ellos

viven? ¿Locura? Pues, a eso mismo le llamáis vosotros aquí, en Buenos Aires, Asociación Nacional del Trabajo y Liga Patriótica Argentina. Y por eso mismo, porque sois una aberración dentro de la comunidad, estáis destinados a pasar de largo no sin dejar un halo pestífero como el que dejan ciertas bestias, para hundir en el oprobio este orden de cosas del cual sois excrecencia.

Y bien, suponed que los poderes constituidos continúan prestando su sanción tácita a vuestras hazañas; que aprovechando cada uno de vuestros golpes de mano, clausura los locales asaltados (dejando abierto el de los asaltantes), prohíbe las asambleas obreras, encarcela a sus miembros y manobra a fin de disolver los sindicatos; ¿queréis que así domaréis la rebelión del proletariado?

¡Bárbaros, ya que copiáis del banditismo capitalista europeo los procedimientos del terrorismo burgués, mirad antes el espectáculo que ofrecen España e Italia, y decidnos si queréis a vuestra vez multiplicar el crimen con el crimen! Es la única lección que nunca desperdicia el pueblo: la del canibalismo de sus amos.

No lo olvidéis. No siempre ha de ser sangre proletaria la que corra. Los trabajadores ya se han dado por enterados de la suerte que les espera. Y ellos no se resignarán a ser corderos entre lobos. Vosotros habéis hecho por la unión revolucionaria del proletariado, mucho más que lo que podríamos haber hecho sus propagandistas, con cien discursos, mil artículos y un millón de panfletos. Vuestro garrotazo es más conveniente para la estupidez de cierto elemento divisionista, que una arenga del mismísimo Bakunin resucitado. El, despertará a la realidad a los militantes de esta hora crítica; él los curará del charlatanismo enfático y el doctrinarismo de procuradores en que se pasan toda la vida dando vueltas y vueltas como un andarín dentro de la pista muchos elementos lenguaraces, funestos por su obtusidad mental y sus vanidades de caudillojos dentro de los sindicatos. Porque, la verdad sea dicha, pese a quien pese y proteste quien proteste: en nuestras filas hay individuos que están en ellas por equivocación; quizás estarían más en su ambiente entre los elementos de la Liga Patriótica.

¡Trabajadores, alerta! Sed vosotros mismos vuestra garantía. Uníos en un solo ejército rojo contra las brigadas malonas del capitalismo.

JULIO R. BARCOS

CRONIQUELLA INTERNACIONAL

Por NEMESIO CANALES

La murga internacional

La charca internacional sigue tan estancada y tan pestilente como la dejamos en el número pasado. Los mismos asuntos (reparaciones, Silesia, griegos y turcos, egipcios, irlandeses, noticias alarmantes de Helsingfors anunciando la perpetua caída del régimen bolchevique, etc.), y los mismos hombres: Giolitti, Briand, Lloyd George; Lloyd George, Briand, Giolitti; Giolitti, Briand, Lloyd George, y así sucesivamente hasta el nirvana. ¡Señor, Señor! ¡qué tedioso se ha vuelto el planeta desde que a las agencias cablegráficas les ha dado por ocultarnos, a fuerza de machaconas y borrosas repeticiones de las mismas tonterías, todo cuanto de verdaderamente interesante ocurre en el mundo.

Empieza uno el lunes leyendo lo que dijo el ministro o periódico tal o cual acerca «del peligro de una ruptura en el seno de la Entente» y todavía el sábado se nos está dando matraca con lo mismo. Se le ocurre a los periódicos chauvinistas franceses emprenderla con Lloyd George, o a los periódicos jingoistas ingleses emprenderla con Briand, y ya nadie nos salva de una inundación de citas de las mil y quinientas majaderías dichas por todos los periódicos brutócratas de las dos naciones, inundación de baba periodística que dura sin parar ocho o diez días. Dice Harding por la centésima vez que es bueno «estrechar relaciones con Sud América» o cualquiera otra de las oleosas frases de cliché con que se aburren los unos a los otros los innumerables papanatas del mundo oficial cuando se encuentran en recepciones y banquetes... y ¡ay, madre mía! no queda un condenado corresponsal por el mundo que no se nos venga encima con la reproducción literal de la paparrucha. Se le ocurre a un príncipe salir de viaje... y ya tenemos que cargar con el príncipe y con sus impresiones por espacio de un mes.

Su Majestad el carbón

No, no es necesario mirarle las entrañas a este mundo de hoy para sentirse deprimido y asqueado ante él. Basta mirarle la epidermis, la superficie, lo que dejan ver las columnas de primera plana de los grandes diarios, para salirse preguntando, horrorizado: «¿Pero, señor, qué se ha hecho del espíritu del hombre?»

Se ha hecho carbón, se podría contestar. Porque es lo único que se ve por todas partes en estos días negros. Por carbón se están matando polacos y alemanes, por carbón quiere Francia, la Francia imperialista, tragarse la mitad de Alemania, por carbón las aves de rapiña inglesas y francesas quisieron acabar con Turquía y provocaron una guerra suicida entre turcos y griegos, por carbón se suceden las huelgas en Inglaterra y E. Unidos. Por un poco de carbón de más o de menos, no hay atrocidad ni hecatombe que parezca chiquita. Es la hora del carbón. «Perezcan las personas y sálvese el carbón», es la divisa de los hombres dirigentes de este caos que llamamos civilización.

Y para este apetito de carbón... hombres de carbón, en los que por ningún lado se sorprende el más leve chispazo de espiritualidad. ¿Dudáis de esto que digo? ¿Os parece irreverencia que hable así de personajes encumbrados hasta lo más alto de la autoridad y el poder humanos? ¿Pardécéis del deslumbramiento que producen los ringorringos oficiales? Pues abrid un diario cualquiera y leed. Buscad el último discurso de Briand o Millerand, la declaración más reciente de Lloyd George o Curzon, la sentencia salomónica caída ayer o anteayer de los labios socráticos de Harding. Leed y veréis cómo acabáis por espantaros como yo de que tales hombres de mente tan ruin, tan neblinosa, tan vacía de toda luz de comprensión y de bondad, estén manejando los destinos de un mundo que acaba de salir, tambaleándose de horror, de la catástrofe más grande que

han visto los siglos. Leed, si, leed. Y después... después comparad las insulsas y gastadas, las hipócritas y malignas paparruchas de estos tragicómicos polichinelas que he nombrado, con el más insignificante dicho de Trotsky o de Lenin, de Gorki o Zinovieff. Por ciegos que seáis, ¡cuán pronto advertiréis el contraste entre la vacuidad de los unos y la abundancia y claridad y nobleza de los otros! Es como si, después de oír un graznido de cuervos, os pusierais a escuchar un fragmento de buena e inspirada música. ¿Qué de extraño tiene, pues, después de oír a los unos y a los otros, que en la parte del mundo que dirigen los Lenin y los Trotsky, los niños sean mirados y tratados como las flores de la humanidad, al paso que en la otra parte del mundo donde gobiernan los Briand, los Lloyd George y los Harding haya adquirido ya carta de naturaleza la costumbre sin nombre de no ceder jamás en alquiler a ningún precio una vivienda a familia alguna en cuyo seno exista un solo niño?

Dos cumbres

Con motivo de la llegada del famoso sabio alemán Einstein a los Estados Unidos, dice, muy oportunamente, un diario de Nueva York: «Debe haber sido para el profesor Einstein un placer muy grande el conocer a otro gigante intelectual como el alcalde Hylan. No es extraño que la multitud aplaudiese frenéticamente al contemplarles a los dos, dándose un apretón de manos».

La libertad del trabajo

¡Y luego dicen que la clase capitalista es reaccionaria! ¿No véis que es todo lo contrario? ¿No estáis viendo que tanto en Norte América como en la Argentina son los más ricos miembros de la casta patronal los que más encarnizadamente están luchando en pro de la libertad de trabajo? Otras clases de libertad, como la libertad de reunión, la de palabra, etc., podrán inspirarles una aversión profunda hasta el punto de enfurecerlos y llevarlos a atentar contra la vida de sus semejantes... pero ¡eso sí! en llegándose a tocarle un pelo de la ropa a la libertad de trabajar (para ellos, al precio que a ellos les de la gana y no al fijado por pactos y arreglos gremiales), por la cual libertad sienten un amor mayor que el de Romeo por Julieta... ya no hay precepto en la constitución ni en la Biblia que les contenga. ¡Salve, bizarros y denodados campeones de la libertad de trabajar (al precio consagrado por la antigua y venerada tradición, cuya es la evangélica máxima que dice: «Con el sudor de tu frente ganarás el hambre para ti y el hartazgo para tu patrón»).

Reducción de salarios

Dice un cable de Manchester (26 de mayo): «Todos los obreros pertenecientes a la industria del algodón decidieron oponerse al proyecto por el cual se reduce en 30 por ciento sus salarios».

Dice otro cable de Chicago (de la misma fecha): «Se sabe que la Junta del Trabajo de Estados Unidos está proyectando una reducción de salarios entre el 10 y el 15 por ciento para el 1.º de Julio, que afecta a cien compañías ferrocarrileras. Se espera que la decisión ayudará a aliviar la tirantez existente en los pagos a los trabajadores ferroviarios, implicando así una enorme reducción de cerca de 400 millones anuales de dólares».

Y así no pasa día sin que se nos comunique que en las naciones más prósperas del mundo, — Inglaterra y Estados Unidos, — millones de obreros se ven echados a la calle u obligados a resignarse a una considerable merma en su ya exiguo jornal. ¡Así es como este adorable sistema capitalista premia a los que le sostienen con su labor! Y lo peor es que ni siquiera les queda a las víctimas el recurso de quejarse y tratar de mejorar su horrible condición. No, amigo, no; por espantosa que sea la perspectiva ante sus ojos, cálese usted y haga como que no la ve. Porque, si usted se queja, le llamarán anti-patriota, desleal, bolchevique o anarquista, y le meterán

una bala en el cuerpo o lo mandarán a pudrirse en un presidio. Trabaje usted, a cambio de un mísero comer, cuando haya trabajo, o reviente con su familia cuando no lo haya... ¡y a callar tocan, inmunda sabandija de trabajo!

El rey Alfonso habla

Era lo único que le faltaba a España, que al rey Alfonso le diera por hablar, como si no fuera bastante el tener que apechugar diariamente con los mil y quinientos kilómetros de esponjosa oratoria parlamentaria que inundan el «Diario de Sesiones». El discurso de la real persona fué perpetrado en Córdoba, y a «La Prensa» de Buenos Aires le cabé el gran honor de haberlo publicado íntegro, «cuando todavía no puede conocerse en España». ¿No sentís necesidad de correrros la hebilla del cinturón uno o dos puntos más para no reventar de orgullo? Ser nosotros, los habitantes de esta ciudad feliz, los primeros en saborear las primicias de la elocuencia real! Lo único que yo siento es que mi familia de Puerto Rico no me lo va a creer...

Pero, ¿qué dijo el augusto Borbón? Se quejó, en estilo pedestre, de que el Parlamento no aprueba pronto los proyectos de transportes que han de hacer la felicidad del país y especialmente la de Córdoba, (aplausos delirantes de los cordobeses). ¿Y qué más dijo? Dijo que «todos, pobres y ricos, somos mortales y todos tenemos que comer». Pontentoso descubrimiento, pero muy peligroso en boca de un rey. ¿Puede haber nada más disolvente, en los días que corren que eso de poner en la cabeza de los pobres la idea terrible de que ellos tienen tanto derecho a comer como los ricos? ¿A qué extremos nos podrá llevar la propagación de noción tan subversiva del orden actual, basado precisamente en la ficción de que los pobres no tienen estómago? Diganlo si yo los despachos diarios de todas partes en que se nos da cuenta de los cierres de fábricas y reducción de jornales con que, bajo la celosa protección de los gobiernos, que velan no-

LA CARICATURA MUNDIAL



EL HOMBRE NUEVO DE CASA BLANCA

EL KLADDERADATCH al presidente HARDING:—«Este gran hombre, nuestro antecesor, abolió la esclavitud de los negros en Europa que quieren introducir la esclavitud para sus semejantes blancos? (De «Kladderadatsch», Berlín).

che y día por los sacrosantos fueros de la propiedad privada, se condena al ayuno forzoso a millones de trabajadores. ¿Consentiría esto una sociedad que tuviera por base la atrevida noción alfoncina de que «ricos y pobres somos mortales y todos tenemos que comer»?

Un presidente en berlina

Dicen de Roma: «Las declaraciones de Mussolini, de que los diputados fascistas se abstendrán de concurrir a la sesión inaugural de la Legislatura, en la que interviene el rey, han producido pésima impresión en el país. Los diputados Ezio Maria Gray y Paulucci declaran que no obstante las opiniones emitidas por Mussolini, ellos y otros de sus amigos fascistas asistirán a la apertura de la Cámara. Una escisión entre los fascistas se considera inevitable».

Dadas las malas pulgas de los fascistas, que se ande con cuidado el pobre Mussolini. Que se ande con cuidado en lo que hace y dice desde la presidencia, porque lo menos que le puede pasar es que a sus correligionarios se les suba la sangre torera a la cabeza y lo desbarben el día menos pensado, como le pasó al diputado socialista. ¡Buenos son los fascistas para pararse en pelillos cuando se les contradice!

Trabajando por Lenin

No se puede quejar Lenin. Cada día le salen en todas partes buenos y desinteresados agentes para la propaga-

ción del maximalismo. Los fascistas, la «Legión Americana» de los Estados Unidos, La «Liga Patriótica», de aquí... ¿Qué agitador profesional hace en un año la propaganda revolucionaria que hacen, gratis, estas entidades en un solo día?

Gracias al fascismo italiano, los terribles cismas que dividían a los elementos de vanguardia del movimiento obrero en Italia van desapareciendo, — porque el instinto de conservación hace milagros, — y a las estériles luchas bizantinas de antes va sucediendo el propósito salvador de oponer al implacable y feroz enemigo un solo frente. En los Estados Unidos, hasta el mismo carapacho de tortuga de Gompers se va volviendo más sensible cada día a las lecciones que le están dando los acontecimientos y aunque allí Gary y demás magnates del industrialismo no han llegado, ni llegarán nunca, en su afán de abaratar el costo de los brazos, a los inconcebibles atropellos de otros puntos, es lo cierto que nunca las huestes obreras americanas se han visto más compactas y nutridas que en la actualidad.

Cuanto a la Argentina, ¿puede haber nada de más urgente interés para las masas trabajadoras de aquí que la unificación proletaria? ¿Y qué campaña de unificación puede concebirse de más milagrosa eficiencia que el *duro con ellos*, de la agresiva mesnada carlesiana?

Aunque es triste, pueril, y depresivo para la dignidad humana el salvaje espectáculo de la violencia, menos mal si en este horrible cuadro de violencias puede nuestra esperanza sorprender la innoble convulsión postrera de un monstruo — el famélico monstruo del capitalismo — y el vago tinte de alborada de una nueva conciencia social.

ción de la paz mediante la firma del Tratado», y que «todo lo que sea un obstáculo a la ratificación es de lamentarse, porque debemos tener paz tan pronto como sea posible». Este telegrama, escrito cuatro meses después de los acontecimientos, es la sola prueba en que usted basa su afirmación de que yo «posiblemente sin intención»... «mediante la omisión del contexto, cambie enteramente el sentido» de sus manifestaciones en nuestra conversación de Mayo 19 de 1919.

Yo he comparado este telegrama de usted, fechado en Septiembre 16 de 1919, con su memorándum de Mayo 8 de 1919, y con el memorándum de Mayo 19 de 1919. Me es imposible coordinar las manifestaciones del telegrama que cuatro meses después envió usted al Presidente, ni con su memorándum de Mayo 8, ni con mi memorándum de Mayo 19. Yo encuentro que mi memorándum de nuestra conversación contiene, entre otras cosas, precisamente las mismas críticas contra el Tratado que usted hizo en su memorándum de Mayo 8, y precisamente del mismo modo que no hay mención en su memorándum de que usted abogara por la tal ratificación del Tratado, tampoco hay mención de que usted abogara por la tal ratificación en mi memorándum de nuestra conversación. Su propio archivo contemporáneo de los sucesos está de acuerdo con el mío. En él no hay traza alguna de que usted defendiera la ratificación del Tratado.

En sus manifestaciones contenidas en la página 276 de su libro, se halla, quizás, la explicación de la discrepancia entre su archivo contemporáneo y su telegrama posterior al Presidente. Allí dice usted que cuando quedó «convencido, después de conversaciones con el Presidente en Julio y Agosto de 1919, de que él no consentiría en ninguna reforma o reserva que modificase el Tratado, el curso político a seguir parecía ser el de que se tratase de conseguir la ratificación sin reservas». Si usted hubiera creído en Mayo lo que en Septiembre dice usted que creía en Mayo, no hubiera tenido que ser convencido en Julio y Agosto. Su telegrama de Septiembre 16 al Presidente era claramente una evasiva, y el argumento que usted basa en su libro carece de base en los hechos establecidos por la prueba contemporánea.

Con respecto a sus otras críticas, sólo tengo que decir lo siguiente: como usted lo pone hábilmente de manifiesto en su libro, la hostilidad contra el Tratado era general en el seno de la Delegación Americana en París. Aparte de las enconadas críticas verbales y epistolares, usted consigna en sus notas que el mismo día que recibí mi carta de renuncia, recibí también «cartas de cinco de nuestros principales expertos, protestando contra las condiciones de paz y declarando que ellos las consideraban como un abandono de los principios que movieron a los Estados Unidos a ir a pelear». En adición a esta nota, usted consigna el hecho de que «uno de los funcionarios cuyas relaciones con el Presidente eran de la más íntima índole, declaró que él estaba a punto de re-

nunciar, y que «otro funcionario que era uno de los más prominentes consejeros del Presidente», se había mostrado muy enojado.

De este sentimiento hostil al Tratado, entre aquellos que fueron enviados para negociarlo, que ahora se revela en su libro, ni una palabra de aviso había llegado hasta los representantes del pueblo americano, a quienes incumbía la ratificación del Tratado, cuando fui yo citado para declarar ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado. Si la «diplomacia abierta» de que usted se muestra defensor en su libro, significa algo, significa, en el caso de los Estados Unidos, que el pueblo americano, por conducto de sus representantes electos, tiene derecho a saber lo que un tratado significa, y las opiniones que sustentan los hombres activamente empeñados en la negociación del mismo en cuanto a las obligaciones que impone. Ninguna conversación acerca de asuntos oficiales puede honradamente mantenerse secreta para los representantes del pueblo americano, electos para entender en tal asunto y dedicados a buscar datos en qué basar sus resoluciones. Nuestra conversación de Mayo 19, 1919, versó sobre el más trascendentalmente importante asunto oficial pendiente ante los Estados Unidos.

Como dice usted en la página 4 de su libro, al explicar (para usar la misma frase que usted emplea en otra parte) su conducta en cuanto a la voluntaria repetición de conversaciones que por su misma índole eran altamente confidenciales...

Es poco satisfactorio, si no censurable, el dejar al pueblo americano en duda en cuanto a una discrepancia entre dos de sus representantes oficiales en un asunto de tan considerable importancia para el país, como la negociación del Tratado de Versalles. Ellos tienen derecho a saber la verdad, a fin de que puedan emitir su fallo sobre los méritos de las diferencias existentes.

Usted expresa aquí la convicción que yo he abrigado siempre, y conforme a la cual he procedido. Y si me es permitido citar de nuevo palabras suyas por lo que expresan acerca de comprobaciones que yo he hecho también...

En tales circunstancias es demasiado esperar librarse de críticas. La revisión de hechos y los comentarios acerca de ellos puede caracterizarse en ciertos círculos como desleal a un superior y como una violación del silencio que se considera generalmente aplicable al intercurso y a las comunicaciones entre el presidente y sus consejeros oficiales.

A despecho de sus previsiones sobre las censuras que por fuerza sobrevienen, usted ha puesto de manifiesto al fin sus relaciones personales con su superior en un puesto público, y todo lo que sabía de las negociaciones de paz. Cuando yo fui citado a comparecer ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, adopté el mismo curso, con el mismo conocimiento de las consecuencias que ello habría de traerme. La única diferencia entre nosotros es ésta: usted declara ahora públicamente que el pueblo americano tenía y tiene derecho a enterarse de la verdad. Usted les abre su pecho después que ya ellos han dictado

Figuras del proscenio

Mr. LANSING: CARTA - TORPEDO DE BULLITT

Mr. Lansing, quien, en calidad de Secretario de Estado, acompañó a Mr. Wilson en las famosas conferencias de París, publicó hace poco un libro famoso intitolado «Las negociaciones de la paz, una narración personal». Recuérdese a este respecto que Bullitt fué el primer comisionado americano en París que presentó su renuncia a su regreso de Rusia, de donde trajo informes tan favorables a los bolsheviques, que asustaron a Mr. Wilson y a Lloyd George, los mismos que le habían enviado. Recuérdese también que Bullitt compareció luego ante el Senado americano y reveló manifestaciones de Mr. Lansing en contra del Tratado que éste desmintió furioso, incidente que provocó en la prensa americana las más acres censuras contra Bullitt. — (N de R.)

Carta abierta a Mr. Lansing.

Mi querido Mr. Lansing:

Siento no poder permitir que ciertas manifestaciones de su libro «Las Negociaciones de la Paz» pasen sin un comentario mío.

Usted transcribe, como expresión de sus opiniones concernientes al Tratado en la conversación que tuvo conmigo en Mayo 19 de 1919, un largo memorándum suyo, fechado en Mayo 8 1919, cuyo tenor general era como se ve en el siguiente párrafo:

Notará usted que en todo el memorándum, del que la parte transcripta representa el espíritu, usted no aboga ni una sola vez por la ratificación del Tratado, ni en ningún otro memorándum escrito en París, y citado en su libro aboga usted tampoco por la ratificación del Tratado.

En su telegrama al Presidente Wilson, escrito como cuatro meses después, y publicado en su libro, usted agregó manifestaciones contrarias, dándole un sentido radicalmente diferente a sus palabras. Usted decía que, aunque había criticado el Tratado en su conversación conmigo, había seguido sus críticas «con la manifestación de que nada debe hacerse que impida la rápida restaura-

su fallo sobre el Tratado, cuando es ya demasiado tarde para que los hechos que usted les revela puedan servirles de ayuda. Yo actué cuando la cuestión estaba todavía en debate, y cuando parecía cierto que el Tratado sería aprobado. Su crítica actual parece dimanar de la sola diferencia

de que yo hablé ante los representantes del pueblo americano en un momento en que el pueblo americano necesitaba datos y estaba buscando datos en qué basar sus resoluciones sobre el Tratado.

William C. Bullit.

ARTE Y VIDA

STEINLEN: EL ARTISTA

Por Anatole France

(Del «Pearson Magazine»)

Steinlen es, en realidad, un hombre demasiado famoso para necesitar de una presentación especial. Como somos amigos y me pidió que escribiese unas líneas acerca de él, consentí en ello. Escribo como un amigo de otro amigo. Pero estoy escribiendo estas líneas principalmente porque considero como un honor el asociar mi nombre al de su hermoso arte.

Steinlen es suizo. Su cuna se mecía en las encantadoras márgenes del lago Ginebra, el de manso e inefable horizonte. Su familia se había instalado allí hacia casi un siglo. Cada matrimonio le agregaba una nueva nacionalidad, hasta que la sangre teutona de origen hubo recibido un tinte francés muy fuerte.

Los Steinlen eran una familia de artistas. Su abuelo, un maestro de dibujo en Vevay, tuvo nueve hijos, y todos aprendieron a dibujar e hicieron de ello una profesión. Teófilo Alejandro era el más joven del hijo más viejo de su abuelo. ¿Cuál fué el impulso que le indujo a una edad temprana a abandonar su dichosa familia, sus bellas montañas, su amado lago? ¿qué fué lo que motivó su ansia de París, su ardiente deseo de vivir en nuestra ciudad sobre el Sena?

El me contó a menudo, en íntimas charlas crepusculares, la historia del jovencito que, mientras leía «L' Assommoir» de Zola, vió desplegarse ante sus ojos maravillados todo un nuevo mundo; un mundo de tristeza, de angustia y de brega. Aquel apocalipsis de la miseria le conmovió profundamente. Nuestros suburbios parisienses le fascinaban y atraían y una voz misteriosa parecía murmurarle contentamente que sólo allí podría encontrar su propia alma.

Y así aconteció que un día salió de aquellos idílicos lugares y vino a nosotros. Un joven delicioso, inocente, inofensivo, curioso, pero sencillo y agradable de maneras. Un pequeño bouquet de flores silvestres adornaba su sombrero de montaña.

Llegó lleno de amistad para nosotros, estremecido de entusiasmo, y, porque nos escogió y se dió a sí mismo a nosotros sin reservas, llegó a ser como nuestro; y estamos orgullosos de haberle cautivado y conquistado.

Pero Steinlen es pequeño de estatura, y no po-

día, por lo tanto, emprender su larga jornada hacia nosotros de una sola vez. Paró en Muhlhausen, donde tenía un tío, un pequeño industrial. Permaneció allí por un tiempo dibujando ornamentos para la factoría de su tío. Pronto le amaron y trataron de inducirle a quedarse, pero París le llamaba, y París era la Meca de Steinlen.

Llegó. Trabajó como diseñador en varias industrias, ganándose la vida fácilmente desde el comienzo, y amado por todos los que entraban en contacto con él. El Barón de Salis acababa de abrir su cabaret, el primer cabaret donde la juventud, el buen humor y el talento tenían su rendezvous diario. Solís decidió trasladarse a Montmartre, a una nueva casa, y comisionó a Steinlen para la pintura de un rótulo. Y así Steinlen pintó su primer rótulo, el mismo que durante varios años pendía de la pared del «Chat Noir». Imponente y magnífico era este «Gato Negro», cuyo rabo, audazmente alzado, mantuvo a París por muchos años bajo su agresiva sombra.

Este «Gato Negro» llegó a conquistar fama mundial. Durante diez años fué modelo de modernismo e intelectualidad y parecía hallarse como en su casa en los callejones de Montmartre. Este gato negro no hizo traición a su verdadero origen: el gato negro de leyenda que vaga de noche por las montañas suizas de Steinlen.

Steinlen logró pintar un gato parisién, su primera dádiva, verdaderamente parisién, ofrecida a París. ¡Steinlen en Montmartre! La voz misteriosa que le había hablado desde las páginas de Zola, no le había engañado. Ya estaba en la tierra prometida, donde el destino le ofrecía la comprensión de su verdadero arte: la senda magnífica del trabajo y la tristeza, la sombría majestad de la vida proletaria.

Hubo un tiempo en que Watteau reunía, entre las tiernas, doradas penumbras de un bello parque, a una sociedad que murmuraba amor al ritmo de crujientes sedas y colas de raso. Hoy los árboles de este parque han perdido sus tendidas ramas y el artista que ansía expresar la vida y los sueños de su propia época tiene que buscar la calle... la calle repleta de bullentes e impacientes multitudes.

Steinlen está dotado de una habilidad extraor-

dinaria para recibir y registrar impresiones fugitivas. Su vista parece infalible. Su técnica es más certera aún: una conexión misteriosa entre la mano y el ojo. Verdaderamente, Steinlen está predestinado para sorprender y pintar la vida tal como pasa ante sus ojos, velozmente, como el Tiempo mismo. Es el Señor de la calle.

La serpeante, larga procesión de hombres y mujeres saliendo a trabajar bajo la clara luz de la mañana y los fatigados grupos que vuelven cuando las sombras de la noche van llenando las calles; los grupos pintorescos sentados en las aceras que el tabernero llama su terraza, los hombres y mujeres que forman la población flotante de los bulevares, los mercados, los extensos suburbios con sus macilentos árboles; las más sombrías esquinas y callejuelas del sombrío París; todo esto fué de Steinlen, se hizo suyo por el poder de su lápiz, quedó a merced de su cerebro.

Y esta vida llegó a ser su vida; los placeres del pueblo eran sus placeres, sus tristezas eran sus tristezas; compartió sus lágrimas de alegría y sus lágrimas de pena. Absorbió el alma del pueblo: en sus entusiasmos, en su paz, en su infantil buen humor, en su caridad, en su crueldad. Sintió su garra de terrible grandeza y de encantadora sencillez.

La fama de Steinlen se la ha conquistado sólo con su lápiz. Todos le conocemos como un maestro del dibujo. Sus cuadros al óleo son a penas

EL ARTISTA COMO REVOLUCIONARIO

Por Horace Brodzky

(De «The Call Magazine», N. Y.)

La generalidad de las gentes tienen la idea de que el arte es la imitación de cosas bonitas: mujeres, perros, o puestas de sol. Permitidme afirmar que nada está más lejos de la verdad.

El arte no consiste ni en imitar ni en copiar. No consiste tampoco en rosas y azules, ni en cielos de brillantes y variados colores. Los artistas saben esto demasiado bien.

El arte es, por lo general, distinto de la realidad, aunque puede parecerse a veces.

Muchas de las más grandes obras de arte que existen en nuestros museos de hoy son muy distintas de la realidad. Ejemplo de ello, Rodin. Ved sus esculturas en el Museo Metropolitano. Un médico les pondría inmediatamente el reparo de que no son anatómicamente correctas y que sus tipos no podrían moverse si estuvieran vivos. Pero la anatomía es una ciencia, y la Ciencia no es Arte, ni tiene nada que ver con él.

La razón de que tales obras de Arte se aparten de tal suerte de la naturaleza, es que el artista fué su propio creador.

En su afán de buscar, no lo bello, sino la esencia de su propio ser, el artista desdeña la reproducción. Esto no es un crimen. Si lo fuera, yo

conocidos, y, por lo tanto, no apreciados aún, porque él no comenzó a pintar al óleo hasta que no hubo adquirido pleno dominio del lápiz. Pasó por un largo aprendizaje, y, por virtud de ello, es a mi juicio el más grande pintor de la vida de París.

Sus dibujos nunca necesitaron de un comentario. Ni líneas, ni versos tenían que completar sus trabajos en el Gil Blas, donde dibujó una página cada día por espacio de muchos años. Su Arte habla por sí mismo. Sentimos sus cuadros, sorprendemos un relumbre de alegría y tristeza al desfilarnos por delante, casi hasta después que han desaparecido en ese Ninguna Parte de donde vinieron. Sus emociones humanas se imponen, imperiosamente, a nuestros ojos, toman posesión de nuestros sentidos, se deslizan furtivamente en nuestros corazones: nunca es posible olvidarse de los cuadros de Steinlen. Comprendemos, temblamos; pero tenemos que admirar.

Sobre las caras más feas y más vulgares, Steinlen vierte un rayo de divina compasión, y nos parecen luminosas. Es que él mismo posee la infinita bondad de lo sencillo y de lo grande. Este realista está constantemente rodeado por la poesía de la vida.

Este francés, nacido en las montañas de Suiza, en cuya sangre se combinan muchas nacionalidades, mantiene, en este París que él ha hecho suyo, la frescura rural de su país nativo.

podría dar una lista muy larga de artistas criminales, muchos de los cuales son adorados bajo el título de «los viejos maestros».

Para tales creadores un cántaro no es un cántaro, sino una forma especial de un color determinado. Y un paisaje no le interesa porque esté compuesto de árboles, arroyos, prados, etc., sino porque se le presenta como muchas formas de variados colores: en otras palabras, como pura forma.

El verdadero artista ignora la tradición

El verdadero artista nunca permanece quieto, ni acepta las normas imperantes. El artista se mueve hacia adelante y, cuando se le obstaculiza, pelea. Siendo continuamente postergado de varios modos por los críticos y censores y triunfando a despecho de toda oposición, el verdadero artista queda sellado como un revolucionario del Arte. El gran artista es eso: un revolucionario, y su Arte es siempre una revelación.

Por el momento me limito a las artes visuales. En música, todos sabemos cómo la música de

Wagner producía motines callejeros; cómo Stravinsky, Schoenberg, y otros músicos fueron inculcados de varias maneras. Ahora a estos revolucionarios de la música se les considera como modelos de corrección. Es que hemos progresado. El último anarquista de la música es Ornstein. Dentro de pocos años, él también resultará un clásico.

El gran artista, el verdadero artista, crea porque tiene que crear y al hacerlo así tiene que estar libre de dejar que su sensibilidad le guíe. Ninguna tradición, ni regla, ni código, le ha de impedir expresarse a sí mismo. Será un iconoclasta, si ello es preciso, y, por regla general, lo es. Nada se interpondrá en el camino de su progreso. Y así es como produce cosas vitales, aunque no necesariamente al gusto del público tonto. El artista no se preocupa de darle al público lo que el público quiere. Ni siquiera se preocupa de lo que debe darle. El no tiene en cuenta para nada a las gentes, ni en un sentido ni en otro.

La creación de nuevas formas

Ningún viejo maestro precedente le estorbará el paso cuando se decide a crear lo que desea. No hay precedentes que guíen al artista genuino. El es un revolucionario que crea nuevas formas, en líneas y colores; y no hay razón alguna para que una pintura abstracta «enteramente distinta de la naturaleza» no sea una obra de Arte. Si no lo es, la razón no está en que no se parece a la naturaleza, sino en que el artista ha fracasado en otros sentidos.

La tradición ha sido el más grande obstáculo, y tiene ella la culpa de más crímenes de Arte que los que uno se atrevería a imaginar. El artista de hoy se apoya demasiado en lo que se ha producido antes que él, y cuando se le complimenta con palabras al efecto de que su obra es «como un Rembrandt» o «como un Manet» su alegría es completa. Tales piropos son mera paja.

Parecería que la tradición ha hecho, también, del pintor una mezcla del fotógrafo, del autor, y del arqueólogo. Sus pinturas deben ser exactas representaciones de cosas vistas. Tienen que relatar una historia. Deben ser como pinturas de una edad pretérita. Todo lo cual nada tiene que ver con el Arte.

El culto de los viejos maestros pesa demasiado sobre los pintores de hoy. Los revolucionarios en Arte no son deseados. Nos perturban demasiado y nos hacen pensar. Esto es demasiado terrible para que lo soportemos.

Todos han pagado el precio de su rebeldía

Cada edad ha tenido sus revolucionarios en Arte, y la mayor parte de ellos han sido maltratados por el público.

Rembrandt no es un gran artista porque sus pinturas sean como la realidad, sino por otras cualidades. Cimabue fué un gran artista, y sus pinturas en nada se parecían a la realidad. Donatello no fué un gran artista sólo porque sus esculturas imitasen a la naturaleza, y la escultura

china es grande a despecho de que muchas de sus obras no son representativas. Un dibujo de De-gas no es Arte grande porque se parece a la natural, sino porque tiene otras bellas cualidades, y un cuadro de Pascin es Arte grande probablemente porque se ha tomado libertades con su asunto.

Puede haber obras de Arte naturalista que sean obras de Arte, y así también las puede haber que sean una «dislocación de la realidad».

La lista de los revolucionarios de Arte es una lista muy grande y cada artista que figura en ella está considerado como un jalón en la marcha del Arte. Sin ellos el Arte hubiera dejado de florecer. El hambre y el manicomio han sido el último refugio de muchos de los *pioneers* del pincel.

Muchísimos de estos revolucionarios y *pioneers* del pincel produjeron obras de Arte que en ningún sentido pueden llamarse populares. Todo lo que es popular suele ser dulce. La gran masa del pueblo confunde la jalea con el Arte y por eso existen tantos pintores sacarinos. De estos hay muchos y entre estos muchos algunos han sido tomados por genuinos revolucionarios. Por ejemplo, ahí tenéis a León Bakst. Se le considera revolucionario. Pero esto es imposible. Bakst se inclina demasiado hacia el pasado. Es un arqueólogo. Se le debe reconocer el mérito de que ha introducido las ideas de los museos en el teatro. Su boga se explica fácilmente. Salió del paso con su color sacarino y sus efectos «maravillosamente bárbaros». Es un excelente ejemplo del proveedor de cosas dulces y gratas al paladar. Esta es la razón de que la obra de este artista del teatro fuese tan fácilmente aceptada, por los empresarios y el público, como Arte. Para ellos el Arte era jalea... y todavía, por desgracia, siguen pensando lo mismo.

El Arte no es siempre agradable

No, el Arte no es dulce, y quien quiera apreciarlo debe tener cierto grado de sensibilidad, tal como la que el artista posee. El cuadro «Vista de Toledo», de «El Greco», no es dulce, ni tampoco lo es la obra de Van Gogh. Las esculturas chinas y egipcias tampoco son dulces, y los cuadros de Rembrandt están tan lejos de las fábricas de azúcar como es posible concebir.

Todos estos artistas abrieron nuevos surcos y expiaron bien duro esta culpa. Eran artistas y revolucionarios. Ellos sabían que al crear Arte estaban elevándose por encima de ellos mismos, en la misma forma en que el espectador se levantará algún día por encima de sí mismo y ascenderá a un plano más alto de apreciación.

El artista revolucionario sabe también cuán bueno es el Arte y qué inmensamente importante es el Arte en todos los tiempos.

Hoy el Arte es cosa de la mayor importancia para todos, pero el pueblo no se da cuenta de ello. Quizás sea más importante para la humanidad ahora, que lo ha sido jamás en otro tiempo.

Es en los artistas revolucionarios que ponemos nuestra esperanza de que el Arte se mantenga viviente y en marcha.

EL SALON DE ACUARELISTAS

No ya de mediocre, sino de francamente malo se puede clasificar al salón de otoño de la Exposición de Retiro.

Todas aquellas figuras de las que parecía poderse esperar algo, parecen definitivamente echadas a perder; el amaneramiento reina como señor absoluto; y una falta de sinceridad emotiva, una falta de espontaneidad y de juventud pesa sobre el espíritu que analiza esas obras frías, manufacturadas, artículos de comercio. Y esa es en realidad, la única explicación lógica, pues a no ser para la venta, no se explica uno, cómo pueden producirse semejantes vaciedades sin estar acusados por la necesidad sus autores.

El número de cuadros es, gracias a Dios, reducido — del mal el menos — y se encuentran distribuidos según la costumbre, acaparando los sitios de preferencia los consagrados. En una de las salas han amontonado una serie de desatinos que solamente podrían explicarse como primeros amagos de intentos de principiantes; pero que de ninguna manera debieron figurar en una exposición.

Pero hablemos de las grandes firmas, de esas que hacen exclamar ante un cuadro:

— ¡Ah! esto es de fulano. Y que obligan a detenerse y a parar la atención para ver como sigue su carrera aquel cuyas anteriores producciones conocemos.

Y qué descorazonamiento al encontrarnos frente a un Soto Acebal, a quien seguimos durante años, viendo los progresos de su técnica, la luminosidad de sus acuarelas, la vida de sus figuras; y a quien vemos caer en un almbaramiento del peor gusto; haciendo cuadros, hechos como de encargo y como para quedar bien con una amiguita más o menos simpática!

Estos últimos cuadros del señor Soto Acebal son sencillamente detestables por su amaneramiento y falta de sinceridad; su jardín es una mala copia de los de Rusiñol y sus figuras de mujer son faltas de vida; esas telas no han sido sentidas, falta en ellas la emoción, el alma de la obra de arte.

¿Y Camaccini? En otro tiempo tuvo en su paleta algo del sol agrio de la pampa en sus perspectivas, si bien demasiado correctas y ceñidas a los cánones clásicos, se adivinaba un deseo de exteriorizar la emoción causada por la llama monótona como un mar de olas quietas; pero en sus últimas obras, el sol se ha eclipsado, y todo es frío, de la frialdad glacial de la mentira, y más que obras de arte son malos cromos de almanaque.

Prins tan malo como de costumbre con sus figuras rígidas y de carnes sin movimiento, se revela un digno jurado del último Salón Nacional.

La Bertolé, que tan delicados pasteles ha producido, se presenta con un desnudo tan falto de sentido común y de anatomía, que no basta la complicidad de la semi-luz para encubrir tanta fealdad.

Gramajo Gutiérrez, que comienza a tener imitadores, malos imitadores, parece haberse cris-

talizado en su «modo» y quedarse ahí, tal vez el juicio un tanto hiperbólico de Lugones lo haya mareado, lo que en verdad sería lastimoso dado lo personalísimo de su temperamento, pero a nuestro entender, aun le queda buen trecho por andar; buena su «Vieja del Sermón» y sus Santiagueños esperando el tren, sobre todo como composición decorativa por lo brillante de sus colores armónicamente contrastados; en otro de sus cuadros ha mezclado colores y resulta sucio.

Hablemos un poco ahora de lo tan escaso en este salón que nos ocupa, de las obras más o menos buenas.

Tenemos, ante todo a Málaga Grenet, de técnica muy personal, cuyo principal defecto es tender siempre hacia el «*affichismo*», cosas del oficio, pero ese inconveniente pierde consistencia cuando trata temas decorativos, como sucede en «Sensualidad». La figura bien ritmada, consiguiendo el efecto que se propone por un resalte brutal de los muslos que se esfuman después en unas líneas sutiles en las masas de color de las faldas.

Es indudablemente con «En la feria», de Centurión, lo mejor; por no decir lo único aceptable del salón que nos ocupa.

«La mujer del prójimo», también de Málaga Grenet, de admirable dibujo, nos produce el efecto de una sensualidad fría un tanto pervertida y cabaretiana.

En cuanto a Centurión, su cuadro «En la feria», es superior por muchos conceptos a su mediocre «Misia Mariquita», que mereció el primer premio del último salón nacional. La figura de mujer del pueblo, vigorosamente tratada, se destaca sobre un fondo movido y bien tratado, hay allí algo de vida, al menos eso nos hace creer los engendros momificados que la rodean. Otra cabecita de mujer del mismo Centurión tratada con cariño y llena de psicología resalta también sobre el amaneramiento de Soto de Acebal, por ejemplo.

Pero con todo; es tan poco... ¡tan poco!

El salón produce una sensación de fastidio, de frío; ningún soplo nuevo, ninguna originalidad; siempre las mismas firmas con idénticos procedimientos, copiándose a sí mismas, relamiéndose. Y eso no es arte, señores pintores; porque el arte es inquietud, es afán de renovarse, de sentirse siempre otro nuevo, de superarse. El arte es lo intrínseco por excelencia, y vosotros procedéis por recetas dosificando la emoción, midiendo la belleza para dar con la ansiada fórmula que ha de permitirnos hacer comulgar al público con ruedas de molino.

Nunca con tanta evidencia como viendo estos salones infectados de mediocridades, que son la polilla del arte, se siente la evidencia de como decae y se acaban las fórmulas viejas y gastadas, y la necesidad imperiosa de que llegue un soplo nuevo y vivificador; otro renacimiento, no ya inspirado en el paganismo muerto, sino en un porvenir mejor, más lleno de sinceridad y de belleza.

S. González Lanuza

Política Educativa

LA REACCION ESTA A LAS PUERTAS DE LA UNIVERSIDAD

La reacción está a las puertas de la Universidad. Es, pues, la hora de la lucha, pero los universitarios de La Plata, que hace apenas unos meses combatían con denuedo por arrojar de la Casa de Estudios a los que habían hecho de ella un museo de antigüedades, pletóricos de satisfacción y orgullosos del triunfo obtenido, hánse llamado a silencio.

Ayer se decían reformadores, y recién iniciada la grande obra que con tanto entusiasmo emprendieran, cuando todo hacía presumir que la primer victoria fuera incentivo para obtener muchas sucesivas que la Nueva Universidad exige, han ido a aumentar las filas de la reacción formando un numeroso grupo, doloroso es hacerlo constar, que llamaría yo: «Los adoradores de la Gran Huelga».

No seré yo quien niegue el valor real que para la Reforma Universitaria, representan los Nuevos Estatutos, único fruto de la huelga de 1919-1920, pero sí creo que ellos no pueden ser la suprema aspiración de la juventud.

La participación que actualmente tiene el alumnado en el gobierno de la Universidad debe ser sólo un medio para obtener todas aquellas reformas que hoy son necesarias y todas aquellas que el futuro nos exige, ya que las aspiraciones de la juventud nunca podrán colmarse, puesto que el progreso implica constante aspiración y puesto que la Universidad Nueva debe marchar a la vanguardia de la civilización si desea cumplir su función social.

Para esos «señores estudiantes» nada mejor ni más grande puede hacerse ya, que la pasada huelga. Todo a su lado resulta pálido. Y sin embargo, ¿cuál es el resultado de su obra?

Desalojaron de la Presidencia de la Universidad a un reaccionario, y pusieron a otro que se presentó caracterizado de reformista. Pero poco tiempo después dió un tropiezo y se le cayó la máscara. El alumnado se divide para nuestra vergüenza en «fulanistas» y «menganistas». Han perdido la noción de la fuerza que representan y desorientados proclaman ídolo al primero que llega. No son ídolos los que necesita la nueva generación! Son ideales, pero ellos no lo ven así. «Fulano encarna la reforma» — dicen unos. «No, que la encarga Mengano» — dicen los otros, y se despedazan en luchas inútiles eligiendo autoridades para deponerlas poco después a costa de nuevas disidencias.

No piensan que el espíritu de la reforma está en ellos mismos, en todos los que se sienten jóvenes, en todos los que anhelan una vida mejor!

Y mientras busquen la reforma en los hombres seguirán dando manotones en las tinieblas y la

reacción seguirá tendiéndoles trampas y reconquistando las posiciones perdidas, los presidentes sucederán a los presidentes y los ideales renovadores pasarán a ser una utopía.

Es, pues, la hora de la acción. El pasado está ya lejos, es necesario vivir el presente y mirar al futuro.

La Gran Huelga no fué más que el paso inicial, dispongámonos a continuar la marcha. Tengamos la conciencia de la cruenta lucha que vamos a entablar. De los muchos obstáculos que a nuestro paso van a poner todos aquellos que no pudiendo ascender, pues los fósiles son incapaces de acción, querrán impedir que nosotros lo hagamos.

No temamos la lucha, pues ella nos hará mejores.

No nos arredre lo largo del camino a recorrer, pues a medida que avancemos el panorama irá variando por grados, todo lo arcaico e inútil irá quedando atrás y nuestros rostros sentirán la pura brisa de lo joven, de lo bello, de lo bueno!

A nuestro paso saldrá la jauría de los impotentes, de los tranquilos, de los juiciosos, de todos aquellos que se sienten incapaces de pensar y de sentir, de los dóciles y los serviles que quieren en nuestra Casa, el látigo por única razón. Saldrán a ladrar, pero seguiremos la ascensión dirigiéndoles sólo una mirada de compasión. Razón tienen cuando no nos quieren seguir. Hoy viven cómodos, satisfechos, sin más preocupaciones que su corbata multicolor; sus mamás y papás, lo hacen todo por ellos; en cambio, en el mañana que les ofrecemos serán lo que ellos sean capaces de ser, y ¡oh, horrible porvenir! ¡hasta tendrán que pensar!...

Los intereses creados nos harán pavorosas predicciones para que nos detengamos, pero una vez emprendida nuestra marcha no tendrá fin.

Luego amenazarán: nos ofrecerán el castigo del machete policial y alojamiento en las mazmorras carcelarias, pero sonreiremos. Nada podrá detenernos, el ideal nos dará alas.

El momento ha llegado. Cada estudiante tiene un puesto en las filas de la nueva generación. Cada uno tiene un deber que cumplir. El porvenir está en nuestras manos. Que el pasado triunfo nos sirva de estímulo, pero no nos absorbamos en su contemplación. El camino es largo, pero ante nosotros se levanta el sol de un nuevo día. Marchemos, pues!!

José Guerrero.

La Plata, Mayo 19 de 1921.

A RAIZ DE UNA ENCUESTA FEMENINA

Señora Juana Ukrainetz de Guerrero,

Presente.

Circunstancias imperiosas me han impedido responder con la premura que hubiera sido de mi deseo a su atenta del 20. La apreciación que usted expresa del pleito que usted sostiene, me pone decididamente de parte suya. Su manera de pensar y la valentía con que defiende su posición honran a la madre y a la educadora.

La observación que formula en el aclarando, esto es, la existencia de niños fuertes, alegres y sanos al lado de niños débiles, tristes y enclenques, plantea el más grave de los problemas educacionales. La ciencia biológica acaba de referirse a él indagando sus causas y ya refiere estas a la influencia de la pedagogía oficial y, particularmente, a la acción de los padres. Ahora sabemos que la relajación del tono vital del adulto tiene sus antecedentes en la escuela y en el hogar. Ningún educador tiene derecho a ignorar que la tragedia íntima de un Sebastián Roch, de un Poil de Carotte o de un Juan Cristóbal deriva de una puerilidad gangrenada por la miopía de los pedagogos al uso y

por la incompreensión de los padres que creen prestar sus servicios a sus hijos mutilando su personalidad, contrariando sus inclinaciones hacia el sentido heroico de la vida. ¡Qué bien haría a los pedagogos científicos, psicólogos, atosigados con todas las patrañas psiquiátricas (?) de nuestras pseudos Facultades de Ciencias de la Educación, la lectura de los últimos trabajos de Ortega y Gasset, de Ortega y Gasset que no es ni anarquista ni revolucionario.

La patria potestad en función docente es un concepto que debe ser revaluado. Nada anuncia que esté próxima la tarea, pero no hay duda de que debe acometerse. Por lo que a mí respecta, sólo puedo decirle por ahora, — con cargo de ser más extenso oportunamente, — que la institución civil, para mantenerse tal como la consagra nuestra codificación, debe probar primero que en la mayoría de los casos, la paternidad no es un simple accidente del amor.

Tengamos fe en un porvenir mejor y más grande para la educación de la niñez. Trabaje usted con nobleza por esa causa, y esa es toda la justicia que puede esperar.

La saludo con toda mi consideración.

SAUL TABORDA.

LA HUELGA DE MAESTROS

Continúa como el primer día

Los maestros de Santa Fe se mantienen firmes y con un espléndido estado de ánimo en esta huelga, que hará historia, no sólo por lo simpático de la causa que sustenta, sino también, por la honda resonancia moral que ha alcanzado en todas las esferas de la opinión nacional. Es la primera vez que los maestros en la Argentina llevan tan lejos con tanta enteraza de carácter sus reclamaciones a los poderes públicos. Es también la primera vez que la opinión más culta del país, representada por la clase obrera revolucionaria, los estudiantes universitarios y secundarios y los padres de familia, se pronuncia franca y lealmente a su favor. Por eso la protesta de los huelguistas ha llegado a presionar moral y justicieramente al P. E. y a la Legislatura de la provincia de Santa Fe, consiguiendo que ambos poderes se abocaran y resolvieran sobre el tapete la solución de este conflicto.

La cuestión relativa a los sueldos atrasados ha sido resuelta: el gobierno encontró tan pronto como lo reclamaban las circunstancias perentorias, los fondos necesarios para tal objeto. La Legislatura trata ahora de discutir y sancionar la

ley de estabilidad, sueldos y escalafón reclamada por el altivo gremio.

¡Oh, lección objetiva de lo que vale decidirse a dejar de ser un manso, dócil y domesticable esclavo del aula!

¡Si el resto de los maestros quisiera... tendría la República de Sarmiento otra clase de escuelas, donde se forjara el nuevo espíritu de la nueva civilización, en vez de estar amortajando los muertos con el velo de un falaz tradicionalismo.

Quizás mañana, nazca también en la Argentina como en Francia la verdadera organización sindical del profesorado que traiga consigo un saludable movimiento revolucionario en la enseñanza. Los tiempos son propicios para ello.

La Confederación Nacional del Magisterio

Por fin hemos averiguado para qué sirve la benemérita Confederación Nacional del Magisterio.

Los otros días se ha reunido para renovar su comisión directiva, y el año que viene, y todos los años subsiguientes, seguirá celebrando una asamblea igual para el mismo objeto.

VOCES AMIGAS

«CUASIMODO». — Julio R. Barcos y Nemesio Canales, editores en Buenos Aires esta revista, de que nos hicimos eco cuando su aparición primera en Panamá. A Barcos lo hemos seguido en su largo peregrinaje, de artista, de combativo, de hombre de ideas. Hemos tenido siempre interés por sus obras, de las que hemos derramado mucha luz, mucha energía en nuestro medio. Y hoy más, por su actitud, estamos con él, sin que esto importe nada, y no resistimos a la tentación de recomendar la lectura de esa revista, reflejo de su amplio espíritu crítico, y tribuna de verdad y de belleza. En esta hora del siglo, en que los ideales pasivos, «Cuasimodo» cumple una misión feliz, por sincera y realista. Sin sujeción a dogmas de ningún papado de ideas,

sin esperar la obra como gracia del futuro (forma de cobardía y también de comodidad). «Cuasimodo» encara los acontecimientos mundiales, fiel al ensueño lejano pero sin abandonar la palanca que hoy debe moverse para derribar a la gran mole de juicios y tiranías, bajo el cual gimen los pueblos. No denigra ni infama a Rusia, esa labor que creíamos encomendada a la burguesía y la realizan también a nombre de Platón, muchos idealistas quietos, revolucionarios que hacen girar al mundo alrededor de sus personas. Para Barcos, un apretón de manos. Que cada cual actúe como fuerza hoy, con el peso de sus plantas, sin encomendar a los hijos de sus hijos la labor que puede hacerse en esta hora! — «Prometeo», Asunción (Paraguay).

NUESTROS COLABORADORES

LA CRUZADA INTERNACIONAL ANTIBOLSHEVISTA Y LA ACTITUD DE LOS ANARQUISTAS

Para «Cuasimodo».

Hace ahora unos seis meses, las agencias telegráficas europeas transmitieron a la prensa burguesa de todos los países la sorprendente noticia de que los gobiernos aliados habían resuelto destinar una primera cuota de cien millones de francos a la iniciación de una formidable campaña anti-bolsheviq en todas las naciones civilizadas del mundo. Esta preciosa información que, por su carácter oficial y la importancia extraordinaria de que se revestía, hubiera debido abrir los ojos hasta a los ciegos sobre los planes oblicuos de la burguesía europea con respecto a Rusia, poner alerta a los intelectuales que están a la vanguardia del movimiento socialista y producir la más honda sensación en todo el mundo proletario, pasó totalmente desapercibida en los ambientes revolucionarios tanto del viejo como del nuevo continente, y los pocos que de ella se enteraron no le atribuyeron la menor importancia. Ahora estamos experimentando, en toda su nefasta eficiencia, en el seno mismo de nuestras colectividades anarquistas, los efectos materiales y morales de esa heroica resolución, traducida en hechos según el plano diabólico del Supremo Consejo de los Aliados, es decir en una sucesión ininterrumpida de maquinaciones infames con el fin manifiesto de crear una atmósfera universal de hostilidad y de descrédito en torno del régimen bolshevik establecido en Rusia, de su forma soviética de gobierno y de sus principales representantes. Las modalidades de la nueva táctica y las baterías con las cuales el mundo capitalista amenaza, ahora más que nunca y con mayor probabilidad de éxito, a la revolución rusa, están bien en descubierto. Las líneas de este maquiavélico plano de combate forjado por los iminentes embusteros de la «Liga de Naciones» y los fines reaccionarios que, bajo el manto de una mentida democracia, persiguen, son tan visibles, tan claros, que se precisa toda la encefálica miopía de nuestros eternos Catores, improvisadas vestales de la «idea pura» para no verlos.

De la violencia a la astucia

Pero dejémos para más tarde estas consideraciones y hagamos una rápida crónica de los acontecimientos que tan poderosamente tuvieron que obrar sobre la mentalidad de la burguesía internacional — principalmente la europea, — para determinarla a abandonar *ipso facto*, los sistemas violentos y desistir de toda idea de intervención militar en Rusia, para dedicarse a una política, diremos así, de corrosión moral, mediante una ignominiosa campaña de calumnias y desprestigio, del régimen comunista establecido en ese país.

¿Qué había, pues, acontecido en la mentalidad de la burguesía europea para que ésta se decidiera a substituir el relumbro de las armas con el relumbro de los millones y a confiar a la fácil corrupción por estos mágicamente operada, la misión liberticida que los ejércitos mercenarios de la Entente no supieron o no pudieron cumplir? Los hechos que tal fenómeno vinieron gestando en el transcurso de casi tres años, son demasiado notorios para que pueda alguno equivocarse en la interpretación. El desaliento se había apoderado de las clases dominantes. Los gobiernos capitalistas habían perdido los estribos. La panacea de la «restauración económica» en las naciones depauperadas por la guerra, inventada por los hombres de Estado, no encontró, como todas las charlatanerías, más que una incredulidad universal, y las intrigas diplomáticas contra Rusia para nada habían servido. Las adivinas y los astrólogos pronosticando, un semana tras otra durante meses y años,

la inminente auto-disolución del régimen maximalista, eran, en medio de tanta desesperante decepción, la única nota alegre para el viejo mundo burgués. Entre tanto, las bandas mercenarias de los Petlura, los Denikine, los Koltchak, los Wrangel, que contra la Rusia de los Soviets habían sido lanzadas, eran vencidas, aplastadas, deshechas. Los valerosos ejércitos rojos volvían cubiertos de gloria de Crimea, del Don, de Manchuria, de Polonia. La bandera de la libertad flameaba majestuosamente sobre pueblos y razas múltiples que la esclavitud milenaria mantenía prosternados a los pies del gran Moloch capitalista, del Báltico a los Urales, del Cáucaso a las extremas planicies manchurianas, proyectando sus fulgores de luz y esperanza en los infiernos coloniales anglo-franceses del extremo Oriente. Europa toda hallábase en vísperas de una formidable revolución. Un volcán ardiente rugía pavorosamente en sus entrañas. El proletariado de todos los países, amaestrado por el ejemplo bolshevik, no esperaba más que una circunstancia favorable para liquidar las cuentas con su eterna parásita, la burguesía. Rusia, en una palabra, representaba en el horizonte político europeo el punto negro que podía convertirse de repente en punto rojo, la gran pesadilla que turbaba las tranquilas digestiones y los sueños del mundo capitalista.

¿Podía la burguesía internacional cruzarse de brazos frente al peligro de su inminente desaparición como clase privilegiada y resignarse a la fatalidad de su destino? Impotente y aterrada, ella había asistido al fracaso de todas sus empresas bandolerescas en el mismo corazón de Rusia, al naufragio de tantas esperanzas y de tantos... millones, a los progresos gigantescos de esa maldita revolución que en vano con su propia y con ajena mano pretendió estrangular, y a la consolidación siempre más perfecta de ese régimen odiado que mil veces intentó destruir. Para colmo de sus males, sus representantes más prominentes, los Wilson, los Lloyd George, los Clemenceau, los mismos jefes de sus ejércitos gloriosos, se encargaron de hacerle comprender la absoluta imposibilidad de someter a la gran rebelde por la fuerza y la conveniencia de renunciar — por el momento, al menos — a toda idea de intervención militar en Rusia, y de acudir a medios ofensivos más diplomáticos, no importa si también más abominables, pero de inmensa eficacia, sino para provocar el derrumbe del régimen soviético en Rusia, por lo menos para circunscribirlo y alejar el peligro de su propagación en los demás países de Europa y del mundo.

Y estos medios, ya se sabe, debían de ser la mentira, la calumnia, el vituperio, el desprestigio, el fango vomitado por todas las cloacas máximas de la prensa rufiana sobre las instituciones y los hombres más representativos de la gran República Comunista, mediante una profusión sistemática de falsas noticias, fabricadas en las oficinas ministeriales de Londres, París y Nueva York. No cabe la menor duda de que estos recursos infames dignos de una democracia embaucadora y sucia como la representada por esa cuadrilla de salteadores internacionales que rigen los destinos de la Europa Occidental, fueron siempre empleados por las oficinas burguesas de información, sin parsimonia ni escrúpulo alguno contra el régimen del Soviet, desde el momento de su instalación y durante todo el tiempo que cuenta de vida, pero con una táctica talmente absurda en los tres primeros años, que resultó un estruendoso fracaso. ¡Figuráos! ¡La burguesía europea que salía en ese preciso instante de su abominable contienda, con las manos todavía humeantes de sangre, engreída y satisfecha de haber hecho hecatombe de treinta millones de proletarios, tuvo

durante un trienio, la estulta esperanza de enternecer al mundo del proletario con frívolos cuentitos de los «pobres burgueses» reducidos a la miseria y obligados a trabajar (!) con narraciones emocionantes de desdichados príncipes y barones del ex imperio moscovita constreñidos a mendigar asilo por las diversas cortes de Europa, con odiseas dolorosas de duquesas y damas de la vieja corte czaresca transformadas en mucamas, cocineras, etc., en los hoteles de España, Inglaterra o Francia, y descripciones horripilantes de atrocidades sin nombre perpetradas por los bolsheviks... al correr de la pluma de sus gratuitos cuan espléndidamente pagados detractores!

Comprendió, por fin, la burguesía que el proletariado revolucionario del mundo no podía conmovirse por la suerte — cualquiera ésta fuera — reservada a los tiranos del pueblo ruso, y que era sumamente necesario — cuestión de vida o de muerte, — cambiar de táctica inmediatamente; comprendió, repitió, que para crear un movimiento de aversión al régimen bolshevik en el proletariado universal y alejar el fantasma amenazante de la revolución, era indispensable hacer vibrar otras cuerdas más sensibles en el corazón de las masas, tentar de abrir una brecha por el lado más débil en la conciencia de éstas, herirlas en su amor de clase; trabajar, ante todo, la mentalidad fácilmente moldeable del elemento revolucionario de estos ambientes, impresionarla, calentarla, excitarla, no ya con inútiles lloriqueos a favor de las clases burguesas «despojadas y oprimidas», sino con la creación artificial, mediante las descripciones más terroríficas e inverosímiles de un verdadero (sic) *martirologio obrero* — especialmente anárquico, — bajo el «dominio execrable de los Soviets» — procurando con este astuto estratagema hacer creer a los pobres de espíritu, que tanto abundan entre nosotros, que la dictadura proletaria, instaurada transitoriamente contra las clases burguesas, se había vuelto ahora instrumento de opresión y de muerte contra las clases proletarias, y más aún contra los anarquistas. Forzoso es reconocer que el estratagema ha sido esta vez muy ingenioso y de óptimos resultados. En efecto, ¿cuál recurso más eficaz y expeditivo para indisponer hacia Rusia los elementos revolucionarios que el de inflamar la imaginación obrera con los horrores fantásticos de un pretendido *martirologio anárquico*? Los charlatanes de la política y los superhombres de la famosa Liga capitalista contra las naciones, que son suficientemente psicólogos e insuperables maestros en el arte de la impostura, sabían bien que la profusión cotidiana en la complaciente prensa de todos los países de ciertas narraciones viperinas, revestidas apenas de una tenue apariencia de realidad, habrían producido, en los ambientes anarquistas especialmente, el efecto de una bomba, proyectando dudas y sombras, diseminando confusión y diatribas, provocando el resentimiento, primero, la cólera y la aversión después, contra el régimen *liberticida* de los Soviets, y que este estado concitado de ánimo, traducible en una firme actitud de hostilidad, no tardaría en comunicarse, por un contagio directo, a las organizaciones obreras de todo el mundo, enfriando sus cálidos entusiasmos hacia el régimen bolshevik y deprimiendo su espíritu revolucionario en general.

Después de las balas, las bolas

Sabían, además, esos señores, que las instituciones y los privilegios burgueses no corren ningún peligro por parte de las fuerzas sociales que se agitan, entrechocándose platónicamente en el terreno de la legalidad; que todos los partidos políticos de oposición al gobierno, o simuladamente al Estado capitalista, desde el democrata, al radical, al socialista, son conservadores en el fondo, más resueltos a defender el gobierno, el privilegio, la ley, que a sostener la causa de la revolución; que el único elemento realmente revolucionario capaz, en circunstancias propicias, de arrastrar las masas a la revolución y asestar el golpe de gracia al régimen imperante de la burguesía es, en todos los países del mundo, el elemento anarquista, y que de este lado — únicamente en este lado, — reside todo el peligro. De ahí la apremiante necesidad para la burguesía de trabajar con la mayor solicitud posible la mentalidad anarquista, al objeto de sublevarla contra el centro de la revolución europea, que es Rusia, y sus posibles irradiaciones en el resto

del planeta. Para conseguir este fin, los gobiernos aliados se cotizaron, como hemos visto, por centenares de millones de francos; organizaron el bloqueo moral contra Rusia; solicitaron para eso la cooperación de los estados burgueses de todas las naciones; instituyeron oficinas en todas las capitales de Europa para la fabricación de falsas informaciones; reclutaron legiones de chantagistas, de prófugos, de fracasados, de apóstatas y pseudorevolucionarios de todos los partidos; subvencionaron revistas y diarios; pasaron la palabra de orden a todas las agencias telegráficas de información y, una vez terminado el montaje de la gran máquina propulsora, la difamación, el descrédito, las mentiras más cínicas, las calumnias más infames contra el temido régimen bolshevik, empezaron a correr, mediante el vehículo de la prensa y en el sentido que hemos indicado, por todos los ámbitos de la tierra, bolas como esta: *Miseria horrorosa en toda la Rusia!... Exodo de poblaciones!... Viejos, mujeres y niños muertos, por miles, de hambre!... Revueltas y represiones sangrientas por las calles de Petrogrado y Moscú... Trabajo extenuante para los obreros... Socialización de las mujeres!... Decretos draconianos contra el pueblo por parte de los feroces dictadores Lenin y Trotsky!... Supresión de toda libertad de palabra y de prensa!... Persecuciones en masa contra los obreros que protestan!... Aburguesamiento del régimen comunista!... Su inminente caída!... Martirologio anárquico y socialista!* etc., etc.

Todas estas trágicas narraciones, que se repiten desde seis meses a esta parte todos los santísimos días, ocupan las columnas de los principales diarios. Muchas de ellas son anónimas; otras llevan el sello revolucionario. Las que mayormente se distinguen por su lenguaje agresivo contra la «dictadura proletaria» o por su dramática en la ilustración del *martirologio anárquico*, constituyen el selecto material de inserción y de reproducción en no pocos periódicos anarquistas y revolucionarios. ¿De dónde proceden? ¿Misterio! ¿Quién las ha escrito? Casi siempre un buen *compañero*... que nadie conoce o, en la mejor hipótesis, uno de esos tantos Rabagás del revolucionarismo de parada que, después de un semestre de *sport* ideológico y de pocas intrigas en las filas de un partido, se pasan con armas y bagajes al sueldo de la burguesía. Y, como estos vituperables e indecentes libelos son destinados a sorprender la buena fe y embaucar la conciencia anarquista con respecto a los asuntos de Moscú, se comprende como sus autores necesiten, para acreditarlos, de un disfraz anárquico o revolucionario que les permita erigirse en apóstoles fementidos de la idea.

Uno de los manipuladores en la América Latina

Un ejemplo muy edificante de las artimañas infames a que recurren estos seres abyectos, fletados por la burguesía europea para vomitar aquí todo el estiércol de su alma depravada contra una causa noble y santa, lo hemos tenido recientemente. Sabíamos algo de cierto sobre la tenebrosa Liga de Propaganda Antibolshevikista que, bajo los altos auspicios de los gobiernos aliados, se había fundado en Europa; pero ignorábamos en absoluto que ella llegase hasta nuestra América latina. Fué por un acaso de la suerte que descubrimos la solemne emboscada que se nos está preparando. Hace poco más de un mes, procedente de Buenos Aires, con rumbo al Brasil y de ahí a Barcelona, pasó por Montevideo el rufianesco personaje Gino Ibergna, refinado apache, encubridor de toda clase de criminales, execrable libelista y confidente de policía, que los anarquistas de la Argentina bien conocen por sus chantages infames y felonias sin nombre. Y bien: ¿qué iba a hacer este reptil venenoso en el Brasil y en España? A una persona de mi completa confianza que él conocía desde mucho tiempo y que consideraba amiga, confesó con la mayor imperturbabilidad la inícuca misión de que estaba investido: organizar la Liga de Propaganda Antibolshevik en los países principales de Sud América, con su centro de irradiación informativa en Barcelona. Ya había fundado la primera sección en Buenos Aires, compuesta en su mayor parte de comerciantes, industriales (contribuyentes) y periodistas. En Montevideo, en su breve permanencia, procuraba dar pasos en el mismo sentido, y otro tanto iba a hacer en Brasil. De ahí pasaba a establecerse en Barcelona para ins-

calar la oficina de informaciones y fundar, bajo mentido nombre, un diario de carácter *revolucionario*, iniciando con él la campaña de difamación contra el régimen bolchevique, a base de relatos falsos, de artículos calumniosos e ilustraciones denigratorias que la prensa sudamericana y, tal vez, en parte, ciertos periódicos anarquistas no dejarían de reproducir. Habiéndole el amigo objetado: «Supongo que, a menos de fábulas y mentiras, poco tendréis que decir contra Rusia». El miserable, forzando los labios a una irónica sonrisa, contestaba cínicamente: *Lo que usted dice es cierto; pero ¿qué quiere, amigo? este es el momento de hacer dinero, y el dinero absuelve todo pecado de conciencia! Después de todo, yo no hago más que lo que se ha hecho y se está haciendo en Europa.*

Labor de ciertos espíritus deletéreos

Dentro de poco tiempo tendremos, pues, ante nuestros ojos estupefactos los resultados de esta nueva maniobra. La prensa burguesa de estos países intensificará más que nunca el fuego de sus baterías contra la «tiranía bolchevique», y en el campo anarquista no faltarán puritanos que, uniendo su voz al coro internacional de las astutas mentiras, auxilien inconscientemente con todas sus fuerzas a los bien pagados alcahuetes de la burguesía en tan odiosa campaña, ilusionándose de poder justificar su actitud francamente reaccionaria con innovaciones a la «idea pura», que ellos — ¡sabe Dios cómo! — se han forjado, y a los santísimos padres del anarquismo. Todo esto es de esperarse como un fenómeno doloroso muy circunscripto, si se quiere, pero otro tanto natural y funesto, de psicopatía colectiva en ciertos grupos espurios que germinan como hongos en el campo revolucionario, compuestos generalmente de temperamentos discolorados, biliosos, hipocondríacos, descontentos de todo, del despotismo capitalista, de la revolución, de la dictadura proletaria, de sus compañeros y de sí mismos. Nada les conforma; todo para ellos es malo, vituperable, incompatible con el dogmatismo ideológico de que se han hecho paladines *enragés*.

No perderemos el tiempo en refutar las ideas extravagantes y los sofismas insulsos de esta gente que no tiene una mínima visión de la realidad, ni la mínima preocupación del mal que están haciendo a la causa de la revolución

y a las mismas ideas que dice profesar, con sus eternas diatribas en el campo anarquista. Pero, si la voz de una conciencia clarovidente y libre, templada al fuego de un santo amor por las ideas que profesamos puede ser susceptible de una cualquiera repercusión en nuestros ambientes de lucha, a los buenos compañeros, que son legiones, a los anarquistas inteligentes y sinceros, a todos aquellos que son revolucionarios, no por simple *descontento*, más sí por una profunda convicción de la incompatibilidad del régimen capitalista con los principios de una verdadera justicia y con las soluciones impostergables a los graves problemas del cuarto de hora histórico que atravesamos — yo haré el grito de exhortación y de esperanza: ¡No los dejéis arrastrar por el torrente de calumnias que pasa! Desconfiad de todo cuanto la prensa prostituida publica contra la gran República Comunista, que ha abierto todos los caminos a la emancipación de los pueblos! Hay que neutralizar con una acción de conjunto de todo el proletariado organizado la obra nefasta de la burguesía reaccionaria y las convulsiones epileptoides de los energúmenos pseudo-revolucionarios. La revolución rusa, que la burguesía coaligada del universo intenta por todos los medios estrangular, no es un fenómeno de carácter local; tiene una proyección y un alcance mundial. Es una revolución que procura extenderse a través de montes y mares por encima de todas las fronteras, englobando la Tierra. Es nuestra revolución; el fruto de nuestras luchas constantes, el engendro de nuestras doctrinas. Tiene en sí el alma de Bakunin, Stepniack, Sofía Peroskakhia, Tolstoi, Kropotkine, Tchertseff y el de todos los más grandes apóstoles de la idealidad libertaria, así como también el fuego inextinguible de nuestros futurismos.

¡Ayudémosla, pues, exaltémosla, defendámosla pertinazmente de todas las calumnias en circulación que quieren desprestigiarla, contra todos los planes oblicuos y desesperados de la burguesía agonizante!

Y tendremos así, con la satisfacción del deber cumplido, la conciencia tranquila y segura de haber aportado el *máximum* de contribución al triunfo de la buena causa que nos anima.

ORESTE RISTORI

Montevideo, Mayo de 1921.

- AQUILATACIONES -

Por NEMESIO CANALES

LA ENCUESTA DE LA PLATA

No; no es cosa grata esto de «aquilatar». Se ve uno forzado a meterle el diente a tales cosas... Ahí está, por ejemplo, el asunto ese de La Plata, que no puedo pasar por alto sin faltar a la norma que me he impuesto de hacerme lo más humanamente antipático que me sea posible a todo aquello que en la vida nuestra — que no es vida argentina, sino universal, porque ahora en el espíritu del hombre están en crisis casi todos los artificios y muy especialmente el de las fronteras — represente de algún modo un salto atrás. Cuesta tanto el progreso, significa un esfuerzo tan enorme cada paso que damos adelante, que sería un crimen mirar con indiferencia ningún amago de regresión.

Pero, ¿qué ha pasado en La Plata? — me preguntarán. ¡Ay! casi nada y casi todo. Casi nada, porque se trata de mujeres, que son todavía eso, casi nada, entre nosotros los hispanos parlantes,

entre quienes sigue todavía siendo un perpetuo tema de chistes pedestres esa tremenda cuestión feminista que han tomado en serio todos los hombres y todos los pueblos grandes de la tierra: Ibsen, Whitman, Tolstoy, Briew, Bergson...; Noruega, Italia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos.

Y casi todo, porque en las cuatro cosas que se han dicho ese puñado de mujeres de La Plata, se advierte toda una tragedia. Se trataba de una encuesta... Ya sabéis los detalles. Una de las primeras preguntas de esta encuesta se refería a la gran cuestión de si la mujer debe o no debe colaborar en las actividades cívicas que hoy monopoliza el hombre. Es interesante, ¿verdad?, ver qué han contestado las interrogadas — damas de la mejor sociedad platense — en un asunto que las concierne tan directa y hondamente.

Pues sabed, señoras y señores, que de once que eran las interrogadas, según veo en el panfleto «Página de educación pro filantropía y cultura» que tengo delante, nueve han respondido con un

no rotundo. ¿Verdad que es horrible que tal cosa ocurra en el mismo planeta en que Nora Helmer fulminó su formidable anatema contra la mujer muñeca, venida al mundo sólo como pasivo instrumento de placer del hombre? Cuando parece ser ley de todo lo que vive afirmarse más y más, no en su sexo, sino en los atributos de su especie, he aquí que de once mujeres de nuestra raza nueve se apresuran a negarse a sí mismas, a horrarse, a anular su autonomía psicológica para condenarse a la bárbara reclusión fisiológica del sexo. Que los amos, que los usurpadores, se muestren rehacios a perder sus supuestos privilegios, se explica; pero que sea la voz misma de los oprimidos la que se alce iracunda a protestar contra su propia emancipación... es cosa francamente inconcebible.

Tiene gracia ese argumento Aquiles que se esgrime contra el movimiento emancipador de la mujer: el de que su puesto natural está en el hogar y no en otra parte. Pero nada más falaz que ese argumento. Porque, una de dos: o el elemento natural de la mujer está solo en el hogar, o no lo está. Si no lo está, se comete con ella una execrable tiranía al condenarla sacrilegamente a violentar su naturaleza para adaptarse arbitrariamente a las exigencias de tal o cual institución o ideal. Y si lo está, ¿a qué temer que se le abra la puerta de su jaula, dejándola en libertad de salir? Si se es pez, y el elemento natural de uno es, por consiguiente, el agua, ya pueden llover libertades y más libertades de elegir entre la tierra y el agua, que mientras se sea pez se seguirá en el agua, por una irresistible e irrefragable vocación natural. Y a la mujer le pasaría con el hogar — si éste fuera su elemento natural — exactamente lo mismo que le sucede al pez con el agua; que no lo podría dejar sin atentar contra sí misma y perecer. ¿Hay el peligro de que lo deje? Pues, entonces, no nos vengáis, señoras y señores, con la sandía muletilla de que «la esfera propia y natural de la mujer es el hogar».

Es lo que dice Bernard Shaw en su «Quintaesencia del Ibsenismo»:

La carrera doméstica no es más natural para todas las mujeres que la carrera militar lo es para los hombres; y aunque, en una emergencia de falta de población, pudiera llegar a hacerse necesario que toda mujer físicamente apta arriesgase su vida en el parto, del mismo modo que en una emergencia militar podría hacerse necesario que todo hombre arriesgase su vida en el campo de batalla, aun así no se desprendería de ello en manera alguna que el mero hecho del alumbramiento habría de dotar a la madre de aptitudes y capacidades domésticas, como la dota de leche. Desde luego que es cierto que la mayoría de las mujeres son bondadosas para los niños, y prefieren los suyos a los ajenos. Pero exactamente lo mismo es cierto de la mayoría de los hombres, quienes, sin embargo, no consideran por ello que su esfera propia es la crianza de niños. El caso puede ilustrarse más grotescamente con el hecho de

que la mayoría de las mujeres que tienen perritos son bondadosas para con ellos, y prefieren los suyos a los ajenos, sin embargo de lo cual, a nadie se le ha ocurrido proponer que las mujeres reduzcan sus actividades a la cría de perritos falderos. Si hemos llegado a creer que el biberón y la cocina son la esfera natural de la mujer, es sólo porque en esto nos ha pasado exactamente como a los niños ingleses respecto de las cotorras. A fuerza de no haberlas visto nunca fuera de la jaula, los niños han llegado a pensar que la esfera natural de la cotorra no puede ser otra que la jaula».

¿Y qué decir de la actitud asumida por la señora presidenta de la sociedad «Pro filantropía y cultura», para con la señora Juanita Ukrainetz de Guerrero?

Esta señora cometió el delito de opinar — contestando a otra pregunta de la encuesta — que consideraba una desgracia, más bien que una suerte, el ser madre de uno de esos niños «tranquilos y estudiosos» que se llevan el premio de virtud en las escuelas, y — ¡oh, inconsecuencias humanas! — no obstante haber sido invitada por la misma señora presidenta a dar su contestación sobre dicho punto franca y libremente, he aquí que sobre la señora de Guerrero, por el sólo hecho de haber emitido su opinión sin tapujos, se ha desencadenado a estas fechas un verdadero vendaval de furibundas pasiones. Más de cuarenta firmas femeninas suscriben, con la señora presidenta, la carta abierta en que se le hace saber destempladamente que su contestación constituye una injuria y se le echa en cara su condición de extranjera. Todo de una manera muy «pro filantropía y cultura».

¡Bendito sea Dios! Que a estas horas y no ya entre pobres gentes ignorantes de arrabal, sino entre damas de esmerada educación, se asuman actitudes de tan feroz intolerancia frente a ideas que riñen con el común pensar, es cosa que infunde pavor. Si a la señora de Guerrero, que tiene marido e hijos argentinos, se le arroja a la cabeza, como un duro guijarro, el prejuicio de nacionalidad, ¿qué harán conmigo, que pienso exactamente igual que la señora de Guerrero y llegué ayer a este país? ¿Qué harían con la Montessori, nacida en Italia, si se le ocurre venir a la Argentina, como ha ido a Londres y a Nueva York, a implantar su famoso sistema pedagógico, basado precisamente en la misma noción de la personalidad del niño que sustenta la señora de Guerrero, o sea, en la noción de que un niño viejo, esto es, prematuramente «tranquilo y virtuoso», es espectáculo de anomalía tan lamentable como el de un viejo niño? ¿Y qué país civilizado queda hoy en el mundo donde esta concepción del niño que sustentan unánimemente todos los grandes pedagogos del día no haya sido ya definitivamente adoptada como base de su sistema educacional?

Extranjeros!... Sí, señora Presidenta: desgraciadamente son hoy extranjeros — unos viles extranjeros — no ya respecto de la Argentina, sino respecto de todas las retrasadas provincias espa-

ñolas que llamamos repúblicas sur-americanas, todos los que en materia de pensamiento pertenecen a la excelsa categoría de los creadores, de los demolidores de lo viejo y sembradores de lo nuevo, de los que renuevan y vivifican, con el soplo candente de sus herejías, las caducas normas de conducta que nos hacen tardos e insensibles como los moluscos. Tolstoy, Ibsen, Gorki, France, Bernard Shaw: todos, ¡ay! unos viles extranjeros: ni un solo Pérez o Rodríguez entre ellos. Y a propósito: ¿sabe usted, señora, lo que uno de estos viles extranjeros se ha atrevido a decir del hogar, de ese hogar ante el cual la mujer hispano-americana se postra reverentemente en una religiosa actitud de renunciación y de olvido para todo noble impulso de libertad que le sale del corazón? Oiga, señora, y horrorícese. Bernard Shaw es quien habla otra vez.

«Podéis trabar conocimiento con un millón de calles de familias de la clase media sin que advirtáis la menor traza de conciencia alguna de ciudadanía o de cultivo alguno de los sentidos. La condición de los hombres ya es mala de suyo, porque, a pesar de su diario escape hacia la calle, llevan consigo los exclusivos e insociables hábitos del hogar al mundo, más amplio, de sus negocios. Bastante amables y sociables por naturaleza, son, por efecto de su educación doméstica, tan increíblemente malcriados, que ni siquiera su interés, como hombres de negocios, en acoger a todo visitante como a un posible cliente, ha podido corregirles el hábito de tratar a todo aquel que no les ha sido previamente «presentado» como a un extraño o intruso. Las mujeres, que no tienen ni siquiera la vida de los negocios para medio educarlas, son mucho peor: son positivamente incapaces para todo intercurso con gentes civilizadas: ignorantes, de criterio estrecho, faltas de gracia hasta un grado estupendo. En los sitios públicos, es imposible hacerles entender a estas gentes criadas en la casa que el derecho que ellas están ejercitando es un derecho común. Bien cuando están en un coche de tren de segunda clase, o bien cuando están en la iglesia, su costumbre es recibir a todo compañero de viaje o creyente adicional con el mismo gesto duro con que un chino recibe al diablo extranjero que le ha obligado a abrir sus puertos».

«Se necesita todo un cañoneo constante de libros y de música de piano para abrir brecha en estos encierros humanos, equivalentes al harem turco. No se puede prescindir de los libros y de la música, porque sólo ellos hacen soportable el horrible fastidio del hogar. Si sus víctimas no pueden vivir verdaderas vidas, que lean al menos sobre vidas imaginarias, y quizás aprenderán de éstas a dudar de, si una clase que no solamente se somete a la vida del hogar, sino que alardea de ello, es verdaderamente una clase a la cual merezca la pena de pertenecerse. En bien de los infelices reos de la vida doméstica, dejad, pues, que mis dramas se impriman en forma de libros, propios para leerse lo mismo que para representarse».

MIS IMPRESIONES DEL

MANIFIESTO GEORGISTA

Me acabo de leer de cabo a rabo, y no sin un gran interés, el manifiesto del «Partido Liberal Georgista». No soy doctrinario, no gusto de ponerme en contra de nada por sistema, y así todo cuanto plantea algún problema humano, respondiendo a un honrado deseo de corregir los males presentes, o parte de ellos, despierta siempre mi curiosidad.

Ahora, vamos a ver si logro condensar algunas de mis impresiones de lector sin prejuicios. En primer lugar, el georgismo me parece de un candor estupendo. Ló prueba, sin ir más lejos, esta sola frase que tomo al azar del manifiesto: «No por eso queremos suprimir los ricos: lo que queremos es suprimir los pobres».

Pero... ¿de veras, señores, que se puede suprimir a los pobres sin suprimir ipso facto a los ricos? ¿No son los pobres los que hacen a los ricos? Pues, entonces, ¿cómo demonios se las van ustedes a arreglar para matar el perro sin acabar también con la rabia?

Muchas preguntas y objeciones me bailan en el cuerpo al terminar esta sabrosa lectura, pero, a falta de espacio, allá van sólo algunas, a reserva de volver sobre el mismo asunto en otra ocasión. Díganme, señores georgistas, ¿por qué le tienen ustedes tanta tirria al terrateniente actual y no se la tienen al capitalista? ¿No es un hecho evidente que por cada mal social — producido por el terrateniente en forma de explotación y de degradante pauperismo — produce mil el capitalista que nada tiene que ver con la tierra? Pues, entonces, ¿cómo imaginar que acabando con los unos y dejando sueltos a los otros — precisamente a los más peligrosos — se acaba con el mal social de hoy? ¡Ay, amigos! dadme a mí el dinero, todo el dinero y con él los medios de producción, y quedaos en buena hora con la tierra, y ya veréis lo poco que tardó yo en exprimir a todos y en hacerlos mis esclavos económicos.

¿De qué sirve la tierra sin el dinero para explotarla? ¿En qué país del mundo existe hoy un solo agricultor que no esté dándose a los diablos por haber tenido que sucumbir a la voracidad del capitalista tal o cual, sin cuyo desinteresado concurso de nada le serviría la tierra? ¿Qué empresa agrícola, como no sea la de arañar desesperadamente el suelo para arrancarle unas míseras legumbres, se puede hoy acometer sin el previo requisito de tener unos cuantos miles de pesos? Y el día que la tierra esté tan barata, como ustedes mismos dicen que la pondría el Impuesto Único, ¿cómo realizar el milagro ese de obtener dinero sobre tierras?

«Habiendo tierra accesible» — dice el manifiesto — «ningún obrero se encontrará obligado a trabajar en condiciones antihigiénicas o desagradables, porque siempre tendrá abierta la posible opción de trabajar ventajosamente en el campo». Alto ahí, señores; niego que eso sea verdad. Lo

vais a ver. Supongamos que yo soy un obrero argentino y quiero irme al campo a trabajar. Bien, pues, una de dos: o me resuelvo a irme sin un centavo (porque hay que suponer también que soy más pobre que una rata) a mi campo, para enterrarme allí en vida luchando a brazo partido con la tierra para sacarle unos repollos, zanahorias y papas que me maten apenas el hambre, o salgo a buscar dinero donde lo pueda obtener para poner mi campo en explotación. En el primer caso, muy héroe tendré que ser para no echar a correr pronto hacia la ciudad, resuelto a alquilarme por el jornal que pueda obtener. Y como serán muchos los que estarán en mi caso... otra vez me tenéis, como ahora, obligado a concurrir, como una vil mercancía, en el infame mercado de brazos de hoy. En el segundo caso, como habrá muchos en circunstancias idénticas a las mías y el dinero — a causa de la demanda — estará por las nubes, o no consigo nada y me resigno a seguir siendo jornalero, o consigo entrarle por la boca a un usurero, quien no tardará en tragarme con tierras y todo.

¿Queréis un poquito más del manifiesto? Pues ahí va: «Afirmamos que no sólo la riqueza y el capital privados son legítimos (por ser productos del trabajo humano) y su existencia conveniente al bien social (por ser racional aliciente del trabajo y ahorro), sino que también el interés del dinero es legítimo».

Yo confieso ruborizado que le he dado mil vueltas a este «afirmamos», sin lograrlo entender. Porque, si el capital y la riqueza privados son legítimos (por ser producto del trabajo humano), ¿por qué han de dejarlo de ser cuando están representados por un trozo de tierra? Porque no hay que perder de vista que ya en otro «afirmamos» se sostiene «como principio axiomático y fundamental» que «la tierra y demás bienes naturales, que no son obra del trabajo humano, no deben ser poseídos en propiedad por ningún particular». ¿Por qué mi capital ha de ser legítimo cuando está representado por mulas o cabras, y ha de ser un crimen cuando está representado por tierras? ¿Es que las mulas y las cabras no son tan naturales como la tierra? Pero, dejando aparte las mulas y cabras, ¿por qué ha de ser ilegítima la propiedad privada de la tierra y no ha de serlo la propiedad privada de las herramientas y artefactos necesarios para hacer producir a la tierra en cantidad suficiente para que todos comamos?

¡Oh, señores georgistas!, no les entiendo a ustedes. Yo entiendo perfectamente a un capitalista, a un individualista partidario de la competencia desatentada que conduce al estúpido sálvese quien pueda del infierno actual, pero no entiendo ni entenderé nunca eso, de encenderle una sola vela a San Miguel y al diablo, que ustedes pretenden. Porque si la tierra es inviolable y sagrada para ustedes, ¿cómo no ha de serlo más el hombre? Pues bien, según el extraño sistema de ustedes, la tierra, y no el hombre, es lo sagrado e inviolable. Prueba de ello es que, según ustedes, es pecado poseer en propiedad privada la tierra, pero no es ningún pecado — antes bien, cosa muy

legítima — la propiedad privada del Capital. ¿Y qué es el Capital, amigos, sino el hombre, la vida humana hecha sudor para parir riqueza? Si al trabajador no se le robase la diferencia entre lo que consume y lo que produce, estaría la riqueza acaparada en unas pocas manos? ¿no sería un bien común? Pues si es así, ¿cómo ha de ser legítimo el apoderamiento de esta enorme riqueza salida del músculo, salida del hombre?

¡Oh, amigos! se ve a la legua que os infunden más reverencia las cosas que el hombre. Protestáis de que alguien se adueñe de la tierra, pero no protestáis de que un hombre se adueñe de otro hombre o de otros hombres. Y así sucederá mientras en las manos de unos hombres esté la riqueza, el capital, los medios de subsistencia, y en las manos de los otros hombres no haya sino callos. Otra vez os digo: dadme a mí las máquinas, los bancos, el dinero, y yo os regalaré las tierras, sobre las cuales no tendréis más remedio que reventar trabajando de sol a sol para mí.

Os rebeláis contra el régimen que permite la explotación del hombre por el hombre y os quitáis el sombrero ante el Capital, consagrando así la explotación del hombre, no ya por el otro hombre, sino por una cosa inerte, por una cosa sin alma y sin vida que se llama dinero.

¡El capital! Sea cualquiera la definición que le demos — no me gusta pararme en tiquis miquis de leguleyo — ¿quién, por más atrasado que esté en Economía, podrá negar que el tal Capital es una entidad de entrañas de metal — oro, plata o cobre — que la infinita estupidez humana ha colocado por encima del hombre, por encima de la humana entraña viva, como un sombrero Molok que no se sacia nunca de la sangre de sus víctimas? ¡Y le proclamáis legítimo e intocable «por ser fruto del trabajo humano»!... Pero si

LA CARICATURA MUNDIAL



LLOYD GEORGE

«Estaba usted tan ciego en París como en Londres, que se dejó conducir por el gallo galo? (De «Simplicissimus», Munich).

precisamente por eso, por ser fruto del trabajo humano, debiera ser de todos. ¿Es que le dais mayor dignidad a la tierra que al trabajo humano? ¿Es que debe haber en el mundo nada más respetable, nada más sagrado, nada menos sujeto a escamoteo, fraude y especulación mercenaria, que el trabajo humano?

Aun suponiendo, amigos, que no hubiera un sólo capitalista en el mundo cuyo dinero no fuera efecto de la acumulación lenta y escrupulosa de su propio esfuerzo, de su propio ahorro (y ya sabemos que esto es suponer la imposible), ¿por qué ha de dársele a esta hormiga laboriosa y ahorrativa el poder bárbaro y formidable de vida y de muerte sobre los demás que hay latente en toda acumulación de riqueza? Más claro todavía: si yo ahorré mi salario o jornal de ayer y el de anteayer, sustrayéndolo así a la circulación necesaria para la vida de la comunidad, y me hice capitalista, una de dos: o soy un ser de instintos sociales y humanos y devuelvo de buen

grado a la comunidad lo que yo no pude o no quise consumir, o soy una garrapata social, un ser de bajos y mercenarios instintos que intenta valerse del dinero ahorrado, como de una ganzá, para apoderarse del bien ajeno sin trabajar, poniendo a los demás a trabajar para él. En el primer caso, no hay que decir que mi capital pasará a ser un bien público, por un acto mío voluntario y generoso. En el segundo caso, ¿soy o no soy un enemigo solapado de la libertad, bienestar y dignidad de mis semejantes? ¿soy o no soy una odiosa sabandija que aspira a engordar chupando la sangre de los demás? Pues bien, según el extraño sistema de ustedes, señores georgistas, a esta sabandija inmunda, no sólo no la debemos despreciar y perseguir, sino que, muy al contrario, debemos postrarnos ante ella y adorar boquiabiertos el siniestro poder de vida y muerte sobre nosotros de que la dotó su innoble condición de garrapata.

Pero... ya esto va largo. Hasta luego, pues.

LOS TIRANOS DE AMÉRICA

EL ÚLTIMO DICTADOR

Lo que vió en Venezuela un Diplomático Mejicano

Soberbio artículo del eximio poeta mejicano José Juan Tablada

La última Fiesta de la Raza celebrada en Méjico, ha tenido ecos en esta metrópoli. Un cable procedente de allá y publicado aquí por la prensa española, hizo vaga alusión al discurso pronunciado por el licenciado Vasconcelos: «denigrando al Presidente de Venezuela, general Juan Vicente Gómez» y de la protesta, a ese respecto, del Cónsul de Venezuela en esta ciudad, protestó también, pues estos señores cónsules, olvidan que son simples agentes comerciales y se lanzan a la política como si fueran Ministros... protestantes.

Pero esas protestas no tienen importancia ni significación, pues quienes las formulan no son, en realidad, cónsules de Venezuela, sino simples cónsules... de Gómez.

No conozco la protesta del Cónsul Urdaneta; pero sí la de Rincones, que fué publicada aquí, ha resultado ejemplarmente chabacana. El principal cargo que hace al Rector de la Universidad de Méjico, es el de inoportunidad y «gran falta de tacto al escoger el día de la «Fiesta de la Raza», para desfogar sus iras contra el Presidente de Venezuela»...

No hay, a mi juicio, tal inoportunidad, ni falta de tacto en los ataques que el licenciado Vasconcelos o cualquier otro espíritu inspirado en ideales de justicia, de libertad y de amor a la humanidad, lance contra Gómez, en el Día de la Raza o en cualquier otro, ya sea que el año tiene 365 días, todos útiles y propicios para defender a un

pueblo oprimido y para denunciar a su verdugo. Además, Gómez, el siniestro cómitre de Venezuela, no pertenece a la raza venezolana, ni siquiera a la humana, pues a pesar de su aspecto físico, vagamente antropomorfo, todas sus protervas actividades lo denotan como un individuo de la raza de los caimanes.

Que lo digan los desterrados venezolanos de Nueva York, que aún muestran los miembros lacerados por las mazmorras medioevales que para vergüenza del mundo existen aún en Venezuela...

Que lo digan las viudas y los huérfanos de los «enterrados vivos», en las prisiones subterráneas de la Rotunda de Caracas y los Castillos del Puerto Cabello y Maracaibo.

Por lo tanto, denunciar el «Día de la Raza» a Gómez, no es inoportunidad, ni falta de tacto, pues, ¿qué mejor prueba de solidaridad racial y de piadoso amor puede darse al pueblo venezolano que condenar a su verdugo, desde la culminante tribuna de la Universidad Nacional?

Pobres de los pueblos en cuyas universidades no arda eternamente, como un faro ante las conciencias, el fuego votivo consagrado a la Libertad.

Del discurso del licenciado Vasconcelos, no conozco sino la esencia; pero ello, unido al conocimiento que adquirí de Venezuela durante una es-

tancia de seis meses, me basta para admitir que la empresa de denunciar al siniestro gobernante que oprime a ese pueblo, es una de las más nobles que pueden acometerse.

Durante mi permanencia en la patria de Bolívar (nunca fué más cruel el «sic transit»), dos sentimientos se desarrollaron en mí, paralelamente: la simpatía por el pueblo oprimido y la indignación por los actos de su opresor, al grado que si salí de allí con un sólido amor por los venezolanos, que probaré de cuantas maneras pueda, salí también lleno de un santo odio para el tirano más estólido que haya estado ante mis ojos.

Caracas, la ciudad luminosa, agreste y pintoresca, que seduce al llegar, no es a la postre más que un sepulcro blanqueado; una gran penitenciaría pintada por el «camouflage» político de risueños colores; pero saturada de inicuas injusticias y de oscuros dolores que poco a poco se van percibiendo hasta que obsesionan y llenan de pavor como cuadros del infierno Dantesco, vislumbros por una grieta de la tierra.

Junto a los teatros están las prisiones, donde los cautivos arrastran grillos de 60 libras en los pies y viven «emparedados» en calabozos tan estrechos que no permiten al prisionero estar ni de pie, ni acostado; sedente sólo y con los miembros encogidos. Calabozos patentados por Gómez, más inicuos que las «oubliettes» de los castillos feudales y los «in pace» de la Inquisición.

Y si las prisiones están junto a los teatros, los cuarteles están junto a los parques, henchidos de una soldadesca que nada tiene que ver con los legionarios que siguieron a Bolívar y a Anzoátegui en la epopeya libertadora, pues en las bayonetas no llevan «clavadas las levas», sino las brutales consignas del Mandarín de Maracay.

Caracas tiene buenas carreteras, pero si éstas hablaran, contarían en interminable historia de dolor cómo fueron labradas en la piedra viva por miriadas de presidiarios que bajo el látigo trabajan de sol a sol tanto en estas obras públicas como en las privadas del Gran Mogol venezolano.

Esos son los dolores que comprimidos por la gravitación de la dictadura se concentran en el fondo de la risueña Caracas. En la superficie hay un carnaval perpetuo de cortesía exagerada y grotesca. El hombro pagado, la «coba» oficiosa, el celo turiferario han crecido entre los cortesanos como tumores malignos. El madrigal patizambo hace caravanas de minué, la oratoria oficial discierne laureles de trapo y edifica arcos triunfales con sebo retórico; el académico agota en regüeldos laudatorios todos los ditirambos de la epigrama heroica y para alfombra de las patas del soldadón de Maracay, tiende el periodismo los elogios que se escatiman a Bolívar, porque Bolívar, es claro, ha pasado de moda para el mundo oficial de Venezuela!

La panoplia épica y fulgurante del mayor guerrero, del máximo genio de América, ya no es nada; lo que ahora vale es esa «égida de la Paz» que abraza Gómez y de que habla el cónsul Rincones, una égida que aunque redonda y metálica como los broqueles, no es en realidad más que la tapadera de una cloaca.

Porque la paz es una olímpica matrona que en muchos casos, y éste es uno de ellos, no desdén ser encubridora de las naciones corrompidas...

Yo estuve frente a Gómez en su campamento — granja de Maracay, de donde salen los «úkas» más infames y los mejores quesos de Venezuela, porque este Sancho Panza neroniano ha encontrado la manera de alternar armoniosamente las funciones de sátrapa sin entrañas, con las de fabricante de requesones... Maracay es un reducto lleno de ametralladoras y una gran quesera, olorosa a cuajo y a estiércol. Gómez imita pasablemente todos los quesos del mundo. Para su ignorancia Flandes no tuvo más función en la historia que inventar cierto queso; confunde al periodista Rochefort con el queso de nombre semejante y se pone en paz con su conciencia, pensando que si ha dejado a una nación a oscuras, ha multiplicado en cambio, los ojos del queso Gruyère...

Su pasión bucólica-industrial comprende naturalmente, a las vacas y a los toros, sin los cuales no habría queso posible, y su obsesora manía es la cruce del toro Zebú con la vaca Herford. Cuando habla de él, solemnemente, parece que evoca a Júpiter y cuando habla de ella, entrecierra voluptuosamente los párpados de cocodrilo, como si se tratara de Venus Anadyomena. Si Gómez llegara a saber que en Egipto se adoraba a una diosa con cabeza de vaca, la diosa Hathor impondría su culto a Venezuela como religión oficial.

Me explico ese ardor vacuno, ese frenesí taurino, pensando que Gómez en su antro de Maracay, imponiendo tributos de oro y sangre, tiene algo de un Minotauro de Creta... bastante cretino.

La ciencia administrativa del tirano está inspirada en las relaciones entre toros y vacas. Su escuela de estadista es la dehesa de Maracay. Los venezolanos como las reses, sirven para trabajar en provecho de él, arando la tierra o arrastrando carretas. Al toro indómito se le castra y al venezolano digno se le emascula en la Rotunda o en Puerto Cabello. La concepción más abstracta que Gómez tiene de la Patria es la de una gran vaca, de ubres inagotables, que él sólo tiene el derecho de ordeñar.

Tal es el tirano en su aspecto irrisorio y aristofanesicamente cómico. Lo que hay en su reverso, de victimario, de verdugo desalmado y de corruptor de pueblos rebasaría, sólo enunciado, las proporciones de esta crónica. Acaso lo revele, en parte, el folleto que prepara aquí un grupo de venezolanos, con elocuentes fotografías de prisiones y de prisioneros, documentos espeluznantes y estadísticas aterradoras.

Yo sólo he querido apoyar con el testimonio de mi experiencia la justiciera requisitoria del rector de la Universidad Mexicana, en contra del último tirano de América y en favor del noble pueblo

venezolano, requisitoria cuya aplastante fuerza de martillo hidráulico, generada en la verdad y en la justicia, ignorará las melindrosas protestas consulares que se han producido aquí y allá.

Para conseguir ese fin no he vacilado en arrosar los enconos de escritores que fueron mis amigos allá en Venezuela, íntimamente convencido de que ellos piensan como yo, aunque en silencio, y seguro de que dirían lo mismo que yo he dicho, si como yo, fueran ciudadanos de un país libre y vivieran en un país libre, en lugar de vivir, co-

mo los moscos del Orinoco, pegados a la lengua del caimán...

Y en último resultado, me satisface estar del lado del Libertador, de sus enseñanzas generosas y justicieras, junto a los venezolanos que sufren hoy y triunfarán mañana, y en frente de los otros para quienes Bolívar ya no existe, sino en el troquel de las monedas acuñadas por el tirano.

José Juan Tablada.

New York, octubre 1920.

DEL AMBIENTE

Del crisol proletario

Para «CUASIMODO»

¡Oh! es irónico y sorprendente lo que ocurre. Estamos frente a un enemigo empañado de generosidad... Un enemigo que nos da la razón y hace suyas nuestras razones. Es curioso y digno de un estudio frenopático el enemigo que nos presenta combate. Porque, estimado lector, piensas ya en burgueses colgados, en tiranos decapitados y barricadas humeantes?...

No, no es de nuestro enemigo común de quien te hablo. Sino de miembros de nuestra familia que se han disgustado con nosotros por haberles observado que era chocante y ridículo que en 1921 vistiesen un traje igual al que llevaban nuestros abuelos, sirviendo de risa a las gentes y llevaran como breviario «La Ciudad de Dios» de San Agustín y no «La Gran Realidad», del doctor Progreso. ¡Y se han enojado! ¡Qué tontuelos! ¿Verdad? En las buenas y cultas familias se acostumbra a celebrar un «consejo» y restablecer la paz en el hogar. Pero, con nosotros ¡Oh, desdicha! no sucedió así. Se fueron con sus trajes su breviario dejándonos a nosotros solitos con el imperturbable doctor Progreso. Desde allá nos atacan ferozmente. Nos llaman traidores y nos dicen con gravedad y lagrimeantes los ojos: ¡ingratos! no respetáis el árbol genealógico de nuestra profética familia. ¡San Agustín os excomulgue! Y muchas cosas más que la decencia no quiere que yo las repita. El sabio doctor nos consuela y los contempla como San Antonio de Padua contemplaba a los irracionales que acudían a él sustituyendo a los hombres que lo despreciaban. Tantas flechas nos hemos tirado, que hoy los cultivadores de cosas añejas y apolladas nos dan la razón diciendo que el libro es insuperable y que los trajes modernos son excelentes. Pero, los muy galopines, siguen leyendo a San Agustín, vistiendo trajes a la antigua unos, y poniéndose chiripá y espuelas otros. Nos hacen recordar a un divisionista de los tiempos de Maquiavello que viéndose apurado gritaba ser unionista y a los cinco minutos de ido el apuro despedía divisionismo en gestos, palabras y acciones.

Nosotros, como siempre, de muy buen humor. No nos enojamos y estamos seguros de que nuestros abuelitos no son tan malos como algunos de sus nietos para excomulgarnos. Sólo tememos que los agustinos se lleguen demasiado a las tumbas de nuestros antepasados y la consabida mortaja de las edades nos separe para *in eternum*. Hacemos votos para que Proteo reviva en ellos!

DE SECTORES DIFERENTES, PALABRAS IGUALES

Ha salido un nuevo periódico a la luz. «El Buen Sentido». Es un órgano burgués. Prestigia el arbitraje y defiende a la «Liga Patriótica». Comenta variados temas. Tan variados que hasta habla de la unificación del proletariado. Como habíamos leído antes que nada dicho artículo cuyo título está a toda página, por los argumentos, por el lenguaje, por las citas, etc., nos creíamos que fuera

un émulo de cierto diario obrero y periódico anarquista que aparecen en el país. Dándole vuelta a la página constatamos, mortificados, que era editado por quienes editan «La Concordia» y otras publicaciones reaccionarias. ¡Oh, ideal, tan flexible eres que hasta la burguesía puede esgrimirte para su defensa!

CUATRO, CUATRO SOLITOS

Es un folleto firmado por un pseudónimo. Nosotros conocemos el verdadero nombre de su autor y también al autor. ¡Vaya si lo conocemos!... Con él se pretende hacer obra divisionista, y al efecto se han hecho grandes ediciones.

He aquí el argumento capital del folleto: «Los dirigentes de la federación del X fueron unos crápulas, obligando al proletariado de esa entidad a ser traidor sin que por voluntad propia lo haya sido». ¡Muy bien, pero muy bien! Con que apartando a los dirigentes, podemos estrecharnos la mano, proletarios de allá y proletarios de acá y proletarios de acullá. Nuestro aplauso a los editores. Lástima que vuestra propaganda unionista... sea impensada.

«ANTECEDENTES HISTÓRICOS»

¿Es usted anarquista? ¿Cómo, y está aquí, asociándose y actuando con centenares de individuos? No es usted consecuente. Escuche: Si usted es anarquista, de esos que llevan *Anarquía* en la espina dorsal, váyase y busque tres más, nada más que tres, ¿oye? ¿Cómo? Debemos ser cuatro, cuatro solitos. ¿No ha leído usted el órgano? ¡Ah! Es claro. De qué sirve esta masa ignara despreciada siempre por los seres superiores. Por algo anunciamos el superhombre! Sí, compañero. Con cuatro, haciendo muchos frentes de cuatro, aplastaremos la burguesía; derrocaremos todos los estados; implantaremos el Comunismo; estableceremos el amor libre; en fin, proclamaremos el reino de Acracia. Con que no claudique, compañero. Cuatro, cuatro solitos y nos bastamos.

Venga, compañero. Oiga qué lindo artículo. «Así somos los anarquistas. No queremos botines ni sobretodos; atando blusa con blusa, gorra con gorra y zapatilla con zapatilla, haremos nuestra trinchera, contestando con zapatillas gorras y blusas a esos botines y sobretodos melladores y tapadores de nuestras claridades». Se refiere a los descañados de que hablara Zola, ¿verdad? Sí... pero déjelo en paz a Zola.

EN SERIO

La burguesía se une tenazmente. Concentra y prueba sus fuerzas para asestarnos el más rudo y el más atrevido de los golpes. No estamos en condiciones de hacerle frente. Es menester atender a esos clarines que anuncian la llegada de *Unidad*. No prestar oído a semejante toque es traicionarse a sí mismo.

No es posible dejarse llevar por los divisionistas. La

bondad de un ideal no puede ni debe servirte de puñal suicida. En cada divisionista debes ver tu más peligroso enemigo, el más peligroso que tiene el proletariado. Y este debe marcarlos a fuego con el rótulo de «Traidores en la frente!»

Antonio A. Gonçalves.

El terror blanco en España

A pedido de la F. O. R. A. Comunista

Un llamado de la Confederación N. del Trabajo al proletariado sudamericano. — La represión y el proletariado universal.

El régimen del terror que desde hace varios años impera en España, no ha logrado estenuar las fuerzas vitales del sindicalismo revolucionario, cada vez más poderoso y tenaz en sus propósitos vindicadores. Las fuerzas de la reacción, organizadas en fracciones privadas, agrupadas en torno del gobierno tradicionalmente conservador, esgrimen todas las armas con el vano propósito de estirpar el sindicalismo, y las prisiones, las deportaciones y conducciones ordinarias, de pueblo a pueblo al lugar de origen, se hacen por centenares, por miles.

Las cárceles, los presidios, todas las mazmorras de España están atestadas de obreros. Y el sindicalismo revive, cobra mayor impulso, levanta el puño amenazante de millones de productores.

La burguesía española, no conforme con el régimen de ilegalidad y terrorismo que impera en la península desde hace varios años, ha puesto en práctica medios que, en su oscura mental, cree más eficaces: ha organizado bandas armadas, que toman el nombre de sindicatos libres, y ha puesto a su servicio a licenciados del presidio y criminales de profesión, para que asesinen a mansalva a aquellos obreros que se destacan por su actuación al frente de los sindicatos.

El terror blanco impera en España, principalmente en Barcelona, donde el reaccionario Martínez Anido, general en funciones del gobierno civil, se ha erigido en el alma del terrorismo organizado por las grandes empresas con el propósito de sofocar el justo anhelo de la clase trabajadora.

Ante esta situación bárbara y criminal, la Confederación del Trabajo de España dirige al mundo entero un angustioso llamado de ayuda, a fin de que se trate por todos los medios de presionar sobre el gobierno español para que ponga término a una situación vergonzosa, propia de la Edad Media o del funesto imperio de la Inquisición.

De acuerdo con este propósito, el Comité Ejecutivo de la institución hermana, nos dirige la siguiente nota:

A LOS TRABAJADORES SUDAMERICANOS

¡Ayudadnos! ¡Boycotead a los productos españoles! Camaradas: La Confederación Nacional del Trabajo, como todos sabéis, es objeto, desde hace largos meses, de una persecución sangrienta por parte de las autoridades españolas. Millares de trabajadores han sido encarcelados y deportados; los mejores de nuestros militantes han caído asesinados por la policía y las bandas organizadas por la burguesía. La tortura, el apaleamiento brutal, la invención de complotos fantásticos están a la orden del día.

Gracias al apoyo de una gran parte del proletariado internacional y a la decisión y valentía de los elementos revolucionarios españoles, se ha iniciado una ligera reacción en la opinión liberal burguesa en favor del restablecimiento de las garantías constitucionales suspendidas hace más de dos años. Pero no podemos dormirnos sobre los laureles. Una vacilación por nuestra parte, una prueba de debilidad, nos retrotraería a los horrores pasados. Por este motivo, hoy más que nunca nos es necesaria la cooperación de nuestros hermanos, los trabajadores de los demás países. La represión, entendedlo bien, tiende a decre-

cer, pero continúan los encarcelamientos y los asesinatos. ¡No nos abandonéis, camaradas! Boycotead todos los productos de procedencia española, socorrednos, apoyad a la única fuerza verdaderamente revolucionaria que existe en España. — Por el Comité Ejecutivo de la Confederación Nacional del Trabajo, Andrés Nin, secretario general. — Barcelona, 2 de Abril de 1921.

Es de urgencia que el proletariado de la Argentina haga algo por los camaradas que en España sufren las consecuencias del terror blanco, protegido y fomentado por un gobierno que pretende solucionar la cuestión social por medio de las cárceles, el destierro y los asesinatos alevosos, al margen de todo procedimiento legal.

En algunos países se ha hecho efectivo el boicot a los productos españoles, como la más elocuente protesta contra una burguesía y un gobierno que han perdido ya hasta la noción del sentimiento, entregándose a una loca y furiosa tarea de exterminio.

La siguiente nota pone de manifiesto la indignación que ha causado en el mundo entero el sistema de represión puesto en práctica por el gobierno de España. Dice así:

LA REPRESION Y EL PROLETARIADO INTERNACIONAL

Una comunicación al jefe del gobierno español:

La «Oficina de Información de los Sindicalistas revolucionarios e Industrialistas» que funciona en Amsterdam en virtud de un acuerdo de la conferencia internacional celebrada en el próximo pasado mes de diciembre en Berlín ha dirigido al jefe del gobierno español, con fecha 27 de Marzo, la siguiente comunicación:

«Con indignación se ha enterado la Oficina de Información Sindicalista de Amsterdam de las persecuciones y privación de su libertad a que se ven expuestos los millares del movimiento sindical revolucionario en España, y particularmente, los adherentes de la Confederación Nacional del Trabajo por parte de las autoridades y de la burguesía.

Declaramos que esas persecuciones son una prueba del error reaccionario que surge en el momento actual en España y de la violación de los derechos de la clase obrera, terror inspirado por la moral de clase capitalista a fin de mantener por esos medios la dominación y el poder de la clase explotadora.

En nombre de los obreros revolucionarios de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, América del Norte, República Argentina, Noruega, Suecia, Dinamarca, y Holanda que se han afiliado a nuestra Oficina Sindicalista Revolucionaria, elevamos nuestra más viva protesta contra la bárbara opresión de que son víctimas nuestros camaradas

LA CARICATURA MUNDIAL



UN MAL PRESAGIO

LENIN a TROTSKY: «Amigo, mucho me temo que nuestro baluarte Soviet va a venirse al suelo. Vea cómo las ratas alemanas salen huyendo de él». — (De «Mucha», Varsovia).

y exigimos la liberación inmediata de todos los revolucionarios encarcelados y el reconocimiento y la garantía de la libertad de pensar y hablar.

Al expresar nuestros sentimientos de solidaridad y de fraternidad internacionales hacia nuestros camaradas españoles, ponemos en conocimiento de V. E., que les sostendremos por todos los medios que estén a nuestro alcance en su lucha contra los poderes criminales de la reacción española.

Por la Oficina Sindicalista Revolucionaria: B. Lansinh, Secretario General.

Concepto dinámico de la Historia. — Un manifiesto aleccionador

1810-25 DE MAYO - 1921

Los estudiantes revolucionarios en el sufrimiento de la rebelión, saludan al pueblo argentino, como única fuerza capaz de unir a los hombres, de ayudar a cada cual a ser libre, realizando la revolución que libere a la Humanidad.

LA RUTA DE LOS PRECURSORES

Seguimos la tradición. Pero no la de quienes lucharon por matar el porvenir, sino la de quienes se sacrificaron por hacer la libertad.

Estamos con el espíritu revolucionario de hace más de un siglo, pero no con los defensores de las Instituciones, la Patria y el Orden establecido de entonces.

No podemos vivir exclusivamente de ideales de Mayo, que como todas las cosas, cambian y mueren.

Decimos que frente a las necesidades materiales y espirituales de los pueblos y de los individuos, los principios de Mayo han sido superados por los nuevos ideales.

LA SEGUNDA REVOLUCION DE MAYO

Las causas económicas que determinaron la revolución de Mayo quedaron subsistentes, integralmente en pie, después del 25, como asimismo las causas morales y políticas.

Robado, pues, el contenido de la Revolución, al pueblo, por la entonces naciente burguesía criolla, no pudo realizarse la justicia y la igualdad tal como la concibieron ingenuamente las masas frente al cabildo. Caudillos, que más tarde endiosaron los pseudo-historiadores del patriotismo universal — desviaron las nobles corrientes populares, reemplazando a la tiranía española, por otra tiranía o estado, cuyos componentes eran fuertes hacendados, doctores, militares, propietarios, quienes conscientes o inconscientes defendieron intereses de su clase, la cual ya tomaba clara concreción.

El pueblo cambió de amos. El pueblo hizo la revolución, pero no fue libre. Burlado, engañado de nuevo, por la Fuerza; pero no domesticado, vió que era necesario seguir luchando contra la tiranía y conquistar la libertad. En este sentido trabajaron las fuertes corrientes subversivas de la época: las montoneras, los rebeldes, los poderes provinciales y nacionales, los gauchos alzados, los salvajes, al decir de cronistas, para quienes todas nuestras glorias fueron entorchados.

La explosión de las luchas, que conmovieron entre dos siglos a la burguesía criolla, fueron el factor más decidido del progreso institucional y del agrandamiento de la libertad.

Entramos en el siglo XX. Las muchedumbres argentinas habían convertido al país en agricultor.

Las condiciones económicas y políticas, cambiaban evolutivamente, pero las condiciones de esclavitud, miseria e ignorancia, en las cuales quedaban los trabajadores de los campos y las ciudades eran, con pequeñas diferencias, las mismas. Teníamos ferrocarriles, palacio del Congreso, unos miles más de escuelas, una capital hipertrofiada, pero también seguimos teniendo una clase ociosa, detentadora de la riqueza social (dueña de las inmensas tierras) leyes sociales, oligarquía, etc., etc. la explotación y la esclavitud como antes, pero en mayor escala.

Por todas partes, bajo los ropajes del progreso, Miseria y Dolor.

El pueblo de la «Semana Trágica» al prepararse para una nueva revolución aspira al Comunismo en el orden económico y a la más amplia libertad en el orden político. Sus más altos ideales son de Igualdad y Libertad...

Por todo lo dicho, el pueblo argentino de hoy — y su proletariado como vanguardia consciente — heredero de los rebeldes de Mayo se prepara para una nueva gesta libertaria.

Aleccionados por la experiencia fecunda de todos los pueblos de la tierra, bebidas en las dolorosas barricadas de las revoluciones, iluminado por el gran movimiento ruso, ha comprendido que para completar la Revolución del 25 de Mayo de 1810, es necesario hacer otra en 1921.

Los Estudiantes Revolucionarios de la libre conciencia, del ardiente corazón, calcinados por una honda sed de justicia declaran que:

1.º Los postulados que esgrimieron los precursores de Mayo han sido superados.

2.º Las multitudes de Mayo en sus reivindicaciones iban más allá del espíritu de sus jefes.

3.º La Revolución de Mayo necesita en este momento de realización, en la marcha infinita de la Historia, ser completada por una nueva Revolución.

4.º Los gestores de la nueva Revolución son los únicos herederos de la noble tradición gloriosa de Mayo.

5.º La Revolución es un derecho de los pueblos y no un privilegio del pueblo de Mayo.

Federación de Estudiantes Revolucionarios
(Sección Rosario).

N. de R. — Los maestros de escuela deben leer este manifiesto, párrafo a párrafo, rumiando bien su contenido ideológico, todas las veces que les toque dictar clase de historia patria.

¿Qué significa el conflicto teatral? — Causas que lo determinan

Vivimos horas especiales en las cuales los hombres forzados por la lucha se definen y adoptan posiciones, sean éstas con el pueblo o contra el pueblo.

No podían apartarse de esto los autores teatrales y el conflicto estallado aparentemente como una rencilla por mez-

quinos intereses, es en el fondo una cuestión de principios, los mismos que hoy agitan al mundo.

Y dicho esto, hagamos crónica de los sucesos.

En la Sociedad Argentina de Autores, desde tiempo atrás existía una lucha sorda que en más de una ocasión hizo crisis. Había (hoy están en el Circulo) un núcleo de autores, gente sin conciencia, pendiente sólo de lo que sea dinero, que tendía a desalojar de la concurrencia al cartel, a todos los escritores noveles o a los que sin producir saínetes y revistas cursis y pornográficas — verdadero «opio intelectual», — se han dado a la tarea de dignificar la escena nacional, llevando un poco de arte...

Estos mercaderes, aliados a los empresarios, presentaron en una reunión, un agregado a los estatutos de la sociedad, estableciendo el voto calificado, es decir, que cada autor tendría tantos votos como actos escritos. De haberse aceptado tal moción, puede el lector calcular el daño inmenso que esto hubiese reportado al arte y a las ideas; los carteles hubiesen sido acaparados por media docena de autores que se sucederían por orden cronológico...

Lo que se quería era un «trust», una verdadera empresa capitalista para envenenar al pueblo desde la escena, como si no tuviésemos bastante con el veneno de la prensa...

La reacción no tardó en producirse y los partidarios del voto calificado separáronse de la antigua sociedad, formando el nefasto «Circulo de autores argentinos».

La Sociedad Argentina de Autores quedaba en una posición crítica. Si bien era cierto que varios de los componentes de ella eran autores de los más cotizados, pero que anteponian los intereses del arte a los del estómago, al separarse de ésta, quedaron con la sociedad los más, aunque eran ellos autores que a lo sumo tenían tres actos representados, cuando no uno...

Entonces fué cuando nació entre estos últimos la idea de la Federación de Gentes de Teatro, idea que hecha realidad, salvará al teatro argentino de la decadencia y todos los gremios que componen la vida de la farándula, actores, maquinistas, boleteros, etc., etc., unidos a los autores de la Sociedad Argentina de Autores se agruparon mediante un fuerte y solidario pacto federal.

Su primer acto fué no trabajar el 1.º de Mayo, uniéndose al resto de la clase asalariada en su día de afirmación, y tras una enérgica y clara declaración de principios dió un

«ultimátum» a todos los obreros no federados, incluso a los «autores» del «Circulo» para que ingresasen de inmediato en su seno. Esto equivalía a imponer el gremio a las empresas: era el principio de la lucha que empezó con el cierre de los teatros y ha de terminar con la victoria completa de los federados, o sea, con el reconocimiento de la Federación.

Y como hemos dicho más arriba, que vivimos en una época en que hay que definirse, cuántas sorpresas nos ha reservado este conflicto!

Vemos a autores como González Castillo, después de haber firmado «La Santa Madre» y «El Pobre Hombre», estar de cuerpo y alma con los «mercaderes», dando su apoyo al «Circulo» que organiza un festival en beneficio de la criminal Liga Patriótica Argentina...

Tenemos a Joaquín de Vedia que empaña sus prestigios, que le valieron el hallazgo de Florencio Sánchez, con una declaración extemporánea, en la que confiesa estar ligado a los intereses del actor Casaux y que deja caer como una insidia la pregunta de «¿cómo pagarán los autores de la Sociedad Argentina de Autores el sacrificio de los obreros?» como si en la lucha no se jugasen solidariamente los intereses de todos, obreros y autores, sin distinción.

Y como la insidia no se detiene en nada, han lanzado el grito de que en la sociedad está Belisario Roldán que no es amigo de los obreros, como si Roldán no hubiese tenido oportunidad de estar con ellos (los del Circulo) y que si no lo ha hecho, es, sencillamente, porque no puede definirse como ellos: ¡Mercaderes!

Y para terminar, haremos resaltar la actitud de Martínez Cuitiño. Como es público, a él se debe en su mayor parte el triunfo de la compañía Quiroga en Europa; el debut del Odeón hubiese constituido su triunfo y su mayor gloria de autor, y sin embargo, al desembarcar en Buenos Aires no vacila en aceptar su puesto de lucha en la Federación, dando por alto todos los intereses creados que le ataban.

Y es por esto que sin vacilar obreros, e intelectuales, han de estar moral y materialmente solidarizados con la Federación de Gente de Teatro, pues su triunfo significa la dignificación del arte dramático (ya era tiempo que ocurriera) y un paso más en el camino de la reivindicación proletaria...

CONRADO GOLIA

LA CARICATURA MUNDIAL



El pináculo de la civilización. (De «Wahre Jacob», Stuttgart).

TRADUCCIONES Y REPRODUCCIONES

LO QUE DICE DREISSER. — PINTURA QUE HACE DE SU PUEBLO EL MEJOR DE LOS NOVELISTAS AMERICANOS

Observad con cuánta limpidez y bizarría pone Teodoro Dreisser al descubierto la enfermedad moral de su pueblo. Observad y veréis cómo el que tal cuadro pintó de aquel pueblo, quizás no acertaría a decir nada del nuestro, de nuestro «campo de soledad mustio collado» de Sud América. No acertaría, no. Pintar el purgatorio no es lo mismo que pintar el infierno: Dreisser no es Dante. ¡Y qué infiernito el nuestro!

Puedo decir con toda verdad que no me es posible vislumbrar en las actividades de la postguerra, sociales-intelectuales y de otra índole — de la presente generación de americanos — sean pobres o ricos, de la clase alta o de la clase media, o de la clase baja, la más leve indicación de que se estén rompiendo grilletes, los grilletes sociales, intelectuales, monetarios y demás especies. El americano, tal como yo le encuentro, sea joven

o viejo, es el mismo americano de antaño, de labios delgados, de criterio estrecho, idólatra del dinero, interesado en los diez mandamientos, siempre que se le apliquen al vecino de al lado, y absolutamente ciego para todo aquello que tienda, no ya a ampliar grandemente, sino a aumentar un poco su visión del mundo.

Aquí y allá puede haber un individuo, uno o dos, quizás, por cada pueblo o ciudad, que por algún accidente de la naturaleza esté interesado en algo que quede más allá de su negocio, de su comercio, o de su iglesia. Pero, como he dicho, este individuo sólo es un accidente. La gran mayoría está interesada sólo en una cosa: entrar en un negocio donde le sea posible reventar a su prójimo a su placer, y después de esto su sueño es el de construir una casa ostentosa y de mal

gusto, donde pueda tenderse a la barttola. Su esperanza es pertenecer al club «Rosario», o a la sociedad de los «Elks», o a la de los «Caballeros de Colón» y salir en excursión, con muchos parecidos a él, para concurrir a convenciones, picnics, reuniones, y demás sitios donde le sea permitido realizar su anhelo de presentarse en gran uniforme de parada. ¿Una visión del mundo? ¿Se burla usted de mí?...

Todavía nuestro americano se sigue alineando día por día ante algún cine de cuarto orden, en espera, durante horas y más horas, de que le sea permitido contemplar cómo «Blossom Springtime» o «Cerise Fudge» ilustran el humor, la virtud, el heroísmo, la abnegación, la caridad, etc., etc., del hombre americano y de la mujer americana. Y sólo es completamente feliz cuando por la billonésima vez ha visto, al final, que nadie ha hecho nada malo y que todos los personajes verdaderamente buenos han salido sin daño y sin mácula, si bien un poco desnudos, al parecer.

Y en sus ciudades los políticos continúan todavía despojándose de todas sus franquicias, donde aún quedan algunas que dar, mientras que en la iglesia más cercana le predicán sobre el deber del patriotismo, de la economía, de la moral, de la virtud, la defensa del hogar, cumplimiento de sus funciones cívicas, etc. Su compañía de gas le vende monóxido de carbón en lugar de gas puro y le cobra, por cada 750 unidades termales servidas, 850. Su tranvía urbano eleva sus tarifas desde cinco hasta siete o diez centavos — a causa de la subida de precios, — y luego, cuando los precios bajan — incluso el de su salario — los conservan sin alteración. Sus ferrocarriles suben sus tarifas de carga y de pasajeros, arruinan su negocio o su distrito, haciéndole imposible que viaje o que embarque, y luego, cuando su propio negocio (el de las compañías) da un traspie, corren a su gobierno con un plan para reducir jornales y para que su propia renta anual les sea garantizada. Su compañía telefónica deja que su oficina y su casa esperen meses y meses sin un teléfono, mientras que retiene su gran depósito sin pagarle intereses, y si se queja le salen al paso con este apodo: «socialista o bolsheviquei».

El trust de la madera le arranca un 80 por ciento de beneficio, siempre que trata de edificar uno de sus queridos hogares americanos. Su casero añade de un 75 a un 100 por 100 al alquiler de la casa que habita. El trust de la leche levanta el precio de la leche desde cinco hasta veinte centavos el cuartillo. El trust de la ropa le exprime tres veces seguidas el precio de cada traje. (Y para triun-

far de ellos él les amenaza con usar overalls!)... Su trust de zapatos le cobra cuatro veces el precio de sus zapatos, sin perjuicio de hacérselos de imitación de cuero. Y si él se aventura a soltarse demasiado de lengua en sus quejas, el fiscal de su distrito le arrestará como bolsheviquei... especialmente si se permite sugerir que su gobierno haga algo por él en oposición a sus 971 trust de esta marca o divisa: «la fuerza es el derecho».

Su abogado se niega a llevarle su asunto, a menos que no le anticipe 1.000 dólares de honorarios. Su banquero, si es que tiene alguno, le aconseja que deje las cosas correr. Su predicador le asegura que Cristo reina en los cielos, al paso que su doctor y su enterrador alzan los precios y aumentan así las dificultades de su salida para el cielo. Su diario y su revista le aseguran que él marcha perfectamente; que está viviendo en el mejor de los países, en «la tierra de los libres y el hogar de los bravos», y que todo lo que necesita para hacer camino es audacia, valor, honor, decencia, economía, ingenio, tacto, cerebro, paciencia, etc., etc. Su librero pone bajo llave todo libro decente que trate sobre política, sobre economía, sobre la vida, y luego le insta a que se informe por sí mismo. Finalmente, en vista de todo ello, él mismo acaba por suscribirse a un periódico conservador, con la lectura del cual acaba por abogar por la prohibición de diversiones en domingo y por la censura de los (ya por sí demasiado imbéciles) cinematógrafos y espectáculos teatrales, para no hablar de su único refugio, un libro decente.

No, francamente, yo no veo el menor signo de esas actividades de la post-guerra, por parte de las generaciones jóvenes o viejas, que amenazan con destruir los grilletes — económicos, sociales y religiosos — que ahora amarran al buen americano y le mantienen sano y salvo. No veo cambio ninguno en el punto de vista que ve en todas las fases del arte algo esencialmente inmoral y en todos los cambios políticos algo peligroso y pernicioso. A los ojos de los americanos, jóvenes y viejos, la salvación del mundo está en la religión y no en ninguna ampliación de sus facultades económicas y sociales. Parece que él cree que todo cuanto necesita es tener confianza en Dios y en la ignata bondad de sus semejantes... especialmente de sus aliados. Dios está en su trono. Mientras menos sepa uno de la vida y más del cielo, mejor. En Dios ponemos nuestra confianza.

Bien, bien...

Theodore Dreisser. (De «The Dial», N. Y.)

El Comité Pro-Afianzamiento de la REFORMA EDUCACIONAL

(SECCIONALES DE BUENOS AIRES Y LA PLATA)

En presencia del conflicto suscitado en el Colegio Nacional de La Plata, hacen pública la siguiente

DECLARACION DE PROPÓSITOS:

- 1.º Combatir toda manifestación del organismo educacional que tienda a perpetuar contra el espíritu de la época, el carácter de instituciones de gobierno oligárquico y de clase que hoy predomina en la escuela argentina.
- 2.º Luchar para que la educación cumpla su verdadera finalidad ética que no es otra que la libertad del hombre, y no sea una sistemática domesticación de los espíritus para plegarlos a los intereses de los dogmas imperantes.
- 3.º Afirmar como principio básico de toda Reforma efectiva que el gobierno de las casas de estudio debe pasar totalmente a manos de los hombres jóvenes que se sientan servidores del espíritu libre y que, sin estar trabados en su acción por intereses creados y bastardos compromisos políticos, se consagren a la obra cultural que nuestro pueblo reclama.

Al enunciar estos propósitos exhortamos a los:

Estudiantes, Maestros y Obreros
reforzar las filas de las fuerzas nuevas.

SECRETARIAS

Seccional La Plata, Calle 51 núm. 839 — Teléfono 2250.

Buenos Aires, Corrientes 2038 — Telf. 1707 Libertad. (Local provisorio).

Todos los hombres libres que se sientan solidarios con esta campaña de renovación educacional quedan invitados a inscribirse en el registro de adherentes de esta entidad.

Organización

Cada comité está constituido por las siguientes entidades:

Consejo Central
Junta Local
Sub-Comités
Cuerpo de Adherentes.

Consejo Central

Entidad encargada de centralizar e impulsar la acción en la localidad y de estar en contacto directo con el Consejo Nacional. Lo compone un grupo reducido de personas que han iniciado la lucha en la localidad y reclutadas preferentemente entre profesores, maestros y estudiantes de cualquier categoría de la localidad.

Junta Local

Será formada por dos miembros de cada colectividad estudiantil o del magisterio que exista en la localidad. La integra el Consejo Central. Y deberá reunirse en pleno por lo menos dos veces por semana para que los representantes informen sobre lo acontecido en sus respectivos institutos y se cambien ideas sobre la marcha

general de la campaña, acordándose los planes de acción parcial que surjan del caso. Dirigirá el cambio de ideas cualquiera de los Secretarios presentes.

Sub-Comités de Acción

En cada instituto educacional de la localidad (escuela, colegio o facultad), se formará un Sub-Comité de Acción, encargado de extender la acción de la Junta local, difundir los propósitos del comité e intervenir en los conflictos siguiendo la táctica que más convenga a los fines de aquellos.

Cuerpo de Adherentes

La fuerza viva de los Comités Seccionales la constituye el Cuerpo de Adherentes. Lo forman las personas que estando de acuerdo con los propósitos de la institución se inscriban en el registro respectivo y contribuyan con la ayuda económica que se establezca por quien corresponda.

Conforme las circunstancias lo permitan la Seccional de La Plata convocará el Consejo Nacional para acordar la constitución de los Comités Seccionales pro-afianzamiento de la Reforma Educacional.

SECCION LA PLATA

Lea "LA REFORMA" órgano del Comité

"EL TRABAJO"

DIARIO DE LA MAÑANA

Aparecerá en breve en Buenos Aires

Un diario genuinamente proletario, ampliamente informativo, novedoso, cultamente escrito, eso será "EL TRABAJO"

Contendrá entre otras secciones:

ACTUALIDADES, NOTAS GRAFICAS, REPORTAJES INTERESANTES, ESTUDIOS DE ORGANIZACION AGRARIA, ORIENTACIONES DEL MAGISTERIO, TOPICOS ESTUDIANTILES, DOCTRINARIAS, FEMINISMO, SINDICALISMO, COLABORACIONES.

Haga de "EL TRABAJO" su hoja predilecta de lectura. El triunfo de los ideales nuevos será acelerado con la ayuda de la buena prensa.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior		Exterior	
Un mes	\$ 2.—	Trimestre	\$ 3.— oro
Trimestre	» 6.—	Semestre	» 6.— »
Semestre	» 12.—	Año	» 12.— »
Año	» 20.—		

Número suelto: DIEZ Centavos

Administrador de "EL TRABAJO"

Casilla de Correo 940. BUENOS AIRES

Remítame el diario desde el primer número, en calidad de suscriptor. El importe del abono lo haré efectivo a la persona que esa Administración autorice.

Nombre

Pueblo

P. C.

Provincia de

NOTA:—Haga el bien de escribir clara la dirección.